

DOCTOR ANGEL PULIDO

SENADOR Y ACADÉMICO

DESARROLLO, ESPLENDOR Y SOBERANIA

DE LA

LENGUA ESPAÑOLA

MENSAJE

dirigido al Excmo. Sr. D. Antonio Maura,
Presidente de la Real Academia de la Lengua

y

a los Sres. Académicos de la misma.



MADRID

IMPRENTA DEL SUCESOR DE ENRIQUE TEODOBO

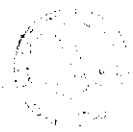
Glorieta de Santa María de la Cabeza núm. 1.

1921

Eg 1516/18

A la Amable de Cantón
Amata su muy apuro
Quin

DESARROLLO, ESPLENDOR Y SOBERANÍA
DE LA
LENGUA ESPAÑOLA



DOCTOR ANGEL PULIDO

SENADOR Y ACADÉMICO

DESARROLLO, ESPLENDOR Y SOBERANIA

DE LA

LENQUA ESPAÑOLA

MENSAJE

dirigido al Excmo. Sr. D. Antonio Maura,
Presidente de la Real Academia de la Lengua

y

a los Sres. Académicos de la misma.



MADRID

IMPRESA DEL SUCESOR DE ENRIQUE TEODORO
Glorieta de Santa Maria de la Cabeza núm. 1.

1921



D. Armando Gueron.
Sefardi oriental, nacido en Andrinópolis,
Conferenciante hispanófilo.

ORIGEN DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

La Real Academia Española se fundó el año de 1713 por iniciativa del Excmo. Sr. D. Juan Manuel Fernández Pacheco, Marqués de Villena. Aprobóse la fundación en Real cédula del Sr. Rey D. Felipe V, expedida a 3 de Octubre de 1714, y en ella se autorizó a la Academia para formar sus Estatutos, y se concedieron varios privilegios a los Académicos y a la Corporación. Esta adoptó por divisa un crisol puesto al fuego, con la leyenda *Limpia, fija y da esplendor.*

PRIMERA PARTE

I

Hace pocos días, el autor de este Mensaje solicitó una audiencia del Excmo. Sr. D. Antonio Maura, para hablarle de importante asunto patriótico, y le fué inmediatamente concedida.

Nadie que conozca, por medianamente que sea, al ilustre jefe político, puede negar que, socialmente considerado, D. Antonio es un vergel de buenas cualidades, en cuyos huertos y jardines brotan y se cultivan, con abundancia, la cortesía y la bondad, como flores puestas a disposición de toda persona que se le acerque y guste tomarlas.

Acudí contento a la cita, y, con mi franqueza y desembarazo conocidos, le hablé largo, y le expuse el objeto que me llevaba a embargarle algún tiempo. ¿Cuánto fué éste? No lo sé. Maura es de esas personas que me recuerdan uno de los *ejemplos cristianos*, morales por tanto, que más veces nos contaba el sencillo maestro de primeras letras que tuve yo en la infancia — un bendito y santo fraile exclaustrado, de los que habían podido salvarse en la famosa matanza que hubo a fines del primer tercio del pasado siglo —. Era el caso del varón justo que tuvo, en sueño, un coloquio con la Divinidad, y pareciéndole, al despertar, que había pasado muy breve tiempo, se encontró con la

sorpresa inefable de que los convivientes suyos, entonces, eran ya los de otra generación distinta de aquella a que pertenecía antes de dormirse. Por ésto, ignoro si conversamos media hora, una, dos; sólo sé que le expuse con toda amplitud lo que deseaba, y que llegamos a un acuerdo, en mi consulta, y escuché el consejo que buscaba.

Claro está que no voy a registrar aquí cuanto hablamos, pero sí he de decir que, comenzando por confesarme de ser un impenitente y testarudo pecador, incurso en el grave mal, hoy ya imperdonable y muy punible, de amar a la Patria y a la Humanidad, y de haber querido servir las siempre, desde mis ya muy remotos, primeros años, iba a consultar acerca de cómo me las arreglaría para interesarle, a él, en cuanto presidente de la Real Academia de la Lengua, y a sus ilustres compañeros de Corporación, en mis propósitos y gestiones infatigables, y cada día que pasa más vivos y fervientes, de impedir que pierdan su idioma nativo dos millones de españoles que están diseminados por el mundo, constituyen vastísimas y ricas colonias en todas las grandes metrópolis, y desean conservarlo; pero, arrastrados por fatalidades de los tiempos, que nosotros, los españoles, podemos conjurar fácilmente, corren ya peligro agudo y mortal de perderlo, por la grave crisis que, con motivo de la guerra europea, sufren y atraviesan los pueblos todos, y muy especialmente su raza.

Aunque de ello no había menester, porque mis relaciones con el gran orador datan de hace muchos años (1); he puesto en sus manos libros míos sobre el particular; cono-

(1) Desde que empezó a brillar en el Parlamento nada menos, y yo, diputado de Castelar y participante de la admiración que mi jefe y su fraternal amigo Cánovas del Castillo sentían por aquel diputado novel, a quien el llamado *Monstruo*, por sus augustas soberanías, consideraba ya como el primer orador de la Cámara, y de su porvenir hablaban ambos en comidas a que yo asistía, con mi carácter de amigo íntimo y médico de Castelar.

ce mis conferencias dadas en Ateneos y Sociedades; sabe mis discursos pronunciados en el Senado y, seguramente, ha leído alguno de los muchos artículos sobre el tema por mí publicados; sin embargo de todo este *Memorandum*, aún hube de resumir ante su atención lo fundamental de lo pasado, y referirle, ya más al detalle, hechos y sucesos modernos que no conocía. Por ejemplo: los banquetes que me han dado en París; mi audiencia ante el Consejo Supremo de Administración de la Alianza Israelita Universal, el cual se constituyó entero y en pleno extraordinario, para recibirme y conocer, de viva voz mía, el grado de cultura, de tolerancia y de progreso cosmopolita que hoy alcanza España, y cómo la información duró hora y media;—lo cual, tratándose de organismo que constituye una de las renombradas potencias del mundo hebreo, tiene grandísima importancia;—mi conferencia con el director de la gran Escuela de la Alianza Central, situada en Auteuil, quien me dió nobles consejos para evitar que aquella nuestra raza pierda su alma y su idioma españoles; las conferencias públicas y particulares que hube de celebrar: ya en el gran salón de actos públicos de *Le Petit Journal*, donde caben más de mil personas, ya en el elegantísimo y espléndido despacho del barón Edmond Rostchild; siempre, y en todas partes acompañado de N. M. Rozanes, un afamado mercader de joyas, que tiene numerosas joyerías en el mundo, dos en España (Madrid y San Sebastián), ama con idolatría la patria de sus antepasados, y preside, por su alto valer y preclaras condiciones, la Asociación Cultural Israelita de París, de rito español; gran colonia que tiene 35.000 miembros en Francia y más de 700.000 solamente en las ciudades del Oriente europeo... etc., etc., etc.

Hice más: expuse a Maura mis conversaciones sobre el particular mantenidas con los académicos de la Lengua, señores Menéndez Pidal, sabio muy impuesto y gran trata-

distas en estas materias, y Cortezo, mi fraternal colega; mi compromiso, públicamente contraído con la juventud sefardita de Oriente—que puedo llamar aristocrática, por lo que tiene de Universitaria y distinguida—de dar en Viena un curso de conferencias prácticas sobre la España pasada, presente y futura; mi autocracia y aislamiento actual en esta campaña y apostolado, hallándome libre ya de ataduras molestas que me impidan servir a mi Patria, en sus prestigios y sus intereses, como deseo servirla; y servir a la Humanidad en uno de sus pueblos más extraordinarios, cruelmente perseguidos y humillados, sin razón y contra justicia. Y expuse, en fin, la necesidad de que me dijese cómo había yo de dirigirme a su Corporación académica, para interesarla en una obra del más alto valor nacional, que nadie tiene el derecho, ni el deber, de realizar como ese Instituto, a quien su destino y justificación de existencia, señalados en sus Estatutos, han encomendado la importantísima misión de «limpiar, fijar y dar esplendor al idioma castellano», alma viva, espíritu centelleante de su raza, y de su personalidad nacional y mundial.

Yo le exponía mi pensamiento acerca de si sería práctico dar una conferencia a los señores académicos, del tenor de las que sabios nacionales y extranjeros dan en nuestra Academia de Medicina, templo abierto a todas las nobles enseñanzas, vengan de donde vinieren; pero esto no podía ser porque tal proceder no se halla registrado en sus Estatutos. Pensé si sería preferible publicar en mis periódicos (pues tengo varios) artículos, dirigidos a él, para que los recogiera su grey académica, exponiendo tan vasto y precioso tema; pero tampoco esto resultaba bien. Apunté otros modos de actuar, hasta que, por fin, dimos en uno que nos pareció preferible y excelente: publicar un Mensaje, o Memoria, con lo que podría decir en la conferencia, y elevarlo a la Academia para que ésta lo estudie, lo infor-

me y resuelva conforme a lo que sus juicios, vías y medios le ordenen y consientan.

Encontrada la fórmula, salí del domicilio de ese gran hombre—hoy el más perseguido, por insidias y pasiones bastardas—agradecido a su bondad y a su consejo, para cuyo cumplimiento—como lo hicieron Rozanes (1), la Asociación Cultural Israelita de París, de rito español, la Alianza Israelita Universal de París, y el barón E. Rostchild—me prometió ayudar cuanto fuere necesario.

No he escrito todavía esa Memoria, y no sé cuándo lo haré, aunque me propongo sea pronto. Pero teniendo nada menos que cinco libros ahora mismo en prensa (uno en París, sobre motivo hispano hebreo; dos en Barcelona, casa Hermanos Sabater, sobre altas cuestiones médicas, y dos en Madrid, imprentas Núñez Samper y Teodoro, sobre cuestiones médicas y sociales, amén de otros trabajos en la imprenta Tello sobre Memorias de la Academia de Medicina,—¡que ya es tener!—he decidido aplazar, hasta descargarme un poco de este agobio, el escribirla. Pero mientras tanto, y pensando siempre que no se debén desaprovechar las buenas ocasiones de hacer algo útil, cuando se presentan, voy a *catequizar* algo con la que las circunstancias me han deparado estos días. Ella me viene como bajada del cielo, y pensando siempre en mi ilustre amigo D. Antonio Maura, a él y a sus compañeros de Academia de la Lengua ofrendo las siguientes cartas, cuya lectura les recomiendo, y someto a su examen, y, en lo posible, también a su persuasión. De esta suerte nuestro *Gran*

(1) Cumpliendo un deber de conciencia (aunque seguro de disgustar al interesado), consignaré aquí el amor intenso y perdurable que muestra por España este distinguido sefardi, laborando por sus intereses morales y económicos. Siendo un excelente protegido francés, honrado por el Gobierno de su nación, ha hecho más sacrificios por ensanchar el horizonte espiritual de la patria de sus abuelos, que muchos renombrados políticos nuestros.

hombre, eminente y soberano como pocos, me servirá de mingo para que, reflejando en él, vaya mi respuesta a Oriente, y la reciban aquellas eximias representaciones a quienes tengo el deber de contestar. Y mi respuesta llevará algo de la grandeza y la majestad que da de sí, como la brisa lleva algo del aroma que exhala la flor que ventea, el prócer a quien dedico este Mensaje. Así como así, ya desde muy joven cuidé de no desperdiciar nada que fuese útil para algo y viniera a mi mano. Muchos de mis libros no tienen otro origen. Y en esto imito algo aquella conducta que seguía el gran Letamendi—la mentalidad más genial, culta y grandilocuente que ha tenido la Medicina española en el siglo XIX, — quien preguntándole, en el año 1869, el Dr. D. Cayetano Banús (cuando era catedrático de Barcelona), cómo siendo tan consumado anatómico y tan cabal médico, disipaba su actividad conferenciando y exhibiéndose, con enseñanzas y materias que nada de común tenían con su común profesión, hubo de responder lo siguiente:

—Pues, chico, esto se explica fácilmente. Años ha que vengo acaparando huevos con que aderezar un buen plato de *crema de medicina*, y entretanto, doliéndome, como buen catalán, tirar las claras, hago de ellas merengues para los amigos.

Con estas claras que hoy aprovecho, pienso que se puede hacer un buen *chantilly*, que el menos goloso, con tal que sienta algo de patriotismo su alma española, puede saborear satisfecho.

Y a pensar así ya, me indujo la impresión profunda que estas tres cartas hubieron de producir, hace poco, el miércoles 22 del pasado mes, a mi antiguo condiscípulo, por los años de la Revolución, en disciplinas médicas, el hoy ilustre teniente general D. Felipe Alfau. Este alto jefe ed la milicia goza la reputación de ser tan entendido en

las artes de la milicia como en las civiles de buen gobierno. En el Senado mereció estimación, consideraciones y simpatías muy generales, por su saber, su discreción y su sentido político. Conoce y siente muy bien, desde el punto de vista práctico, la magna causa que vengo defendiendo hace muchos años. En Africa, cuyo Alto Mando desemeñó, dejó una estela de respeto, gratitud y prestigio nacional, que no es la desdichada que queda tras de alguno de esos Comisarios que porque todo lo gobiernan con sable y soberbia, y carecen de sentido político y social, desconocen la suma prudencia y esmerada diplomacia que requiere un mando, donde se suscitan muchos problemas de raza, de negocios de Estado: internacional y nacional, de civismo, de milicia y de respeto a las representaciones y a las leyes del Reino. Y por ser así él, y tener yo conciencia de la superioridad suya, su juicio pesó mucho en mi ánimo: y la emoción que reveló su espíritu animó mi ya firme propósito de aprovechar estas tres cartas, para ofrendarlas al presidente de la Academia de la Lengua, acompañadas de algunas adecuadas observaciones.

II

Al publicar estas cartas surge en mí delicadeza, como siempre me sucede, aquella sana contrariedad que suscita siempre la conocida sentencia de Pascal: *Lé moi est haïssable*, y la consideración de que es muy expuesto lanzarse a publicar juicios y documentos en los cuales resulta patente y lisonjeada con exceso la estimación pública que todos deseamos inspirar, pero es inevitable hacerlo. Renan la llama «pecado venial» en ocasiones, y hay necesidad de cometerlo a menudo.

Yo siempre, siempre que me dirijo a mis compatriotas, tratando este tema, cuido, en discursos y escritos, cuando

me veo forzado a presentar los testimonios auténticos de quienes representan el pueblo hispano hebreo, que mi persona es para ellos «solo un símbolo», una encarnación, y nada más que eso. Soy *símbolo de España y encarnación representativa de aquella gran parte de mi patria que piensa, siente y actúa, como corresponde a un pueblo culto, adelantado, cosmopolita y practicante de las virtudes y educación cívicas que son inherentes a todo ciudadano que desea mostrarse digno de vivir en un país civilizado*. Póngase cualquier otro individuo en mi caso y circunstancias, y el resultado será el mismo: él recogerá todos los testimonios de veneración, amor y reconocimiento que yo, por doquiera, recojo, desde hace muchos años. Y cuando me dirijo a ellos, los hebreos, siempre, también, les advierto que *yo soy una persona modestísima* en mi patria; *un solitario* que no tiene más poder que el de sus ideas; que carezco de fuerzas, y que mi credo es el más sencillo y natural que un espíritu humilde puede propagar; a saber: «Que las leyes obligan por igual en España a todos los ciudadanos; y que por igual también los amparan. Que aquí no hay leyes especiales de postergación ni de privilegios. Que nuestro solar patrio ofrece y garantiza hospitalidad, noble y culta, a todo el mundo; y que si hubiera margen, dentro de esta democracia constitucional, a consideraciones graciabiles, a ellas tendrían especial derecho aquellos españoles que, por fatalidades de los tiempos, sufrieron terrible expulsión; y, lejos de revolverse airados contra su madre, ciega y cruel, han mantenido, siglos y siglos, vivo, su sagrado culto, su amor, su lealtad, y su alma fervientemente adicta, por aquella patria que tuvo la desgracia de amputar de su organismo una parte esencial de su ser, y lanzarla trágicamente, con el más terrible de los éxodos, por el mundo.» Entre nosotros, ellos y yo, no hubo, no hay y jamás existirá más que este vínculo elemental, y evangélico

mandamiento. Y ¿habrá quien tal condene? ¿No lo siente así Maura? ¿No lo afirman los jefes de partido? Me han dicho todos que sí. Es más: ¿tiene derecho a desempeñar función oficial alguna, a ser representante del Poder público, sea quien fuere, quien no sienta y piense así, y no proceda de conformidad con estas inspiraciones fundamentales? Pues si alguno existe, a ese hay que destituirle de un cargo en el cual desprestigia a España, y perjudica y compromete sus valores todos: los morales y materiales. Hacerlo así es una indicación vital, si hemos de sanear nuestro organismo nacional enfermo. Y esto no lo puede desconocer nadie que tenga mediano sentido político y social, en nuestro país. Desde el mismo Monarca, Don Alfonso XIII, quien en la audiencia del 25 de Marzo de 1920 me dijo, apenas me vió: «Pulido, hay que seguir esa campaña, por importante», hasta el más modesto patriota, todos deben convertirse en custodios y defensores de esta conducta, y deben protestar contra quien por fanatismo, ignorancia, crueldad o atávicos prejuicios, haga grave daño a nuestros intereses públicos, nacionales y universales.

III

Vamos a publicar a continuación las tres cartas, y séanos permitido precederlas, colectiva y particularmente, de una ligera presentación, que servirá para hacer más interesante su lectura, y deducir de ellas las reflexiones y los sentimientos que deben inspirar a todo español que ame su patria, y sienta por su idioma el orgullo y la sed de universal propaganda y dominio que merece la lengua de Cervantes. A poco de comenzar su lectura, ya surgen en todo espíritu, que no sea el de algún beocio, interés, emoción, gratitud y algo superior a esto: un noble y generoso deseo de enmienda. Por ello, la inspiración episódica de la corres-



pondencia no puede ser más sencilla y grata a nuestro buen corazón español.

Un joven culto andrinopolitano, es decir, un natural de Andrinópolis, viene hace años a España, atraído por mis escritos, se establece en Madrid, recoge por doquiera gráficas impresiones, confirma la exactitud de la leyenda de sus hogares acerca de la patria histórica, busca colocación donde desarrollar sus aptitudes y deseos de hombre trabajador, y encuentra arraigo, consideraciones y campos donde puede aplicar sus buenas cualidades y conseguir sus medios de vida. Armando Gueron (así se llama) en brevísimo tiempo perfecciona su idioma nativo, se siente español de pura raza y se convierte en un ciudadano útil que crea riqueza industrial, la propaga ya por España y luego la deriva al extranjero. Gueron mantiene la cortesía de saludar, de tarde en tarde, al hombre que más representa en España el afecto nacional a su pueblo. Le escribe siempre que sale de Madrid, o se expatria, diciéndole lo que hace; y, firme ya en su posición social, terminada la guerra, decide volver a Andrinópolis, la ciudad de su nacimiento, donde tiene la familia y los recuerdos de la infancia, y allí cuenta sus impresiones y su vida, gozada en la patria de sus abuelos remotos.

Andrinópolis es una ciudad bella, famosa en la Historia, situada al lado del río Maritza—el Hebro de los antiguos, tributario del Archipiélago—, con censo de cerca de 100.000 habitantes; y es asiento de un gran Rabinato, muy venerado en la religión semita, y residencia de una rica colonia sefardí o hispano hebrea. Ya allí, nuestro hermano de raza es requerido a dar una conferencia, con grande solemnidad, ante un pueblo español ávido de oír la lengua verdadera de su patria, limpia de adulteraciones y modismos, y luciendo todas las galas y esplendores de su opulencia fonética y de su majestad. Y Gueron da la conferen-

cia, que causó extraordinario efecto. El auditorio de ella, los sentimientos que produjo y las nobilísimas elevaciones espirituales que allí brotaron, debe conocerlas el lector por referencia del mismo conferenciante. Yo, solamente he de recomendar, en esta y en las siguientes lecturas, que donde se dice «Pulido» se entienda «España» o «un español» cualquiera, con tal que sea de los que sienten un noble deseo de justicia y reparación por el pueblo desventurado y perseguido. Y he de advertir, que ordeno a los tipógrafos copien escrupulosamente, sin variar una letra, ni un signo ortográfico, el texto, para que se pueda apreciar mejor el estrago causado en nuestra lengua por los siglos de abandono en que la ha tenido la madre patria, y por las adulteraciones con que la ha maculado la convivencia con los idiomas nacionales de donde viven. Y, muy singularmente, la influencia que en ella ha ejercido la lengua francesa, por ser Francia la nación que, desde hace medio siglo, viene educando en todas partes este pueblo con sus escuelas de la *Alliance*; y muy preferentemente el de origen español. He aquí la carta:

Carta del conferenciante D. Armando Gueron.

Andrinópolis, 18 de Noviembre de 1920.

Excmo. Sr. D. Angel Pulido Fernández.

Madrid.

Muy distinguido, estimado y gran amigo: Las circunstancias en que tengo el gusto de escribirle constituyen para mí fechas muy felices en mi corta y movimentada vida. Hace diez y siete años que yo saliera de esta mi ciudad natal para ir a estudiar a París; es en esta capital que tuve yo la dicha de ver a usted por primera vez, si bien ya había mucho oído su nombre por ser mi familia los Danon y Fresco, así como Guéron, los que de un principio siguieron

a usted en sus investigaciones sobre cuestiones judeo-españolas, y hasta algunos de ellos sostuvieron con usted correspondencia hasta su muerte. Parece que fui como destinado a resumir, en estos momentos, todo lo que mis parientes citados tuvieron estudiado de su antigua y hoy conocida campaña filosemita. En el reloj de mi destino, la aguja del azar marcó y apuntó *España*, en 1913, y a ella fui. Apenas, ya en el hermoso país que canta de manera nostálgica y atávica en los corazones de todos los sefardíes, yo me puse en relaciones con usted, mi buen y gran amigo, y en la adversidad, como en los tiempos más dichosos, seguí a usted de lejos como de cerca en su difícil apostolado, pudiendo decir, sin pretensiones de acaparamiento en el orden moral, que no hubo en España judío sefardí que haya estado más al corriente de su noble campaña; bien es verdad también que entre usted y yo hay una correspondencia cuya regularidad siempre he agradecido, por saber cuán embargado por grandes ocupaciones se ve siempre el que, como usted, no rehusa ningún cargo que sea de utilidad pública, hasta el extremo de imponerse voluntariamente cargo tan pesado y difícil como el apostolado de defender a una raza, que si hoy es algo conocida y querida, mismo en España, es gracias a usted.

Ahora bien; todo lo que sé del gran español, desde que naciera en él, el gran ideal, todo lo que yo ví de cerca, y sobre todo, el gran Pulido de las reuniones en casa de Nordau y el de Febrero del año corriente, con sus hermosas conferencias, su entrevista con el Rey, en fin, con todas las circunstancias que llevaron su ideal a tal punto de grandeza y eficacia, que se puede afirmar que en los tiempos modernos ninguna campaña de esta índole pudo jamás alcanzar tal resonancia, quise decirlo aquí.

Y, sin embargo, como se lo decía en mi carta fecha de Venecia, el mundo judío, que más directamente interesado

estaba en seguir dicha campaña, quedó, como usted sabe, fuera del radio de acción de nuestros anhelos en España, por la incomunicación absoluta que la guerra ha provocado, que si no, como se lo decía en mi carta citada, hubiera usted recibido de estas comunidades florecientes, como las de aquí, con la expresión de su agradecimiento, el estímulo de una juventud instruída y consciente. Pero, por las dificultades creadas por la guerra, los judíos de aquí, como los de Constantinopla y otras capitales que cuentan grandes núcleos judeo-españoles, quedaron en una ignorancia completa y absoluta de lo que pasaba en España.

A mí, pues, me tocó en suerte de hacer saber lo que ocurre en la antigua Patria; a mí, pecador de mí, el hablar en público y narrar en sus detalles más importantes la hermosa campaña de usted.

En la Asociación de antiguos alumnos de las Escuelas de la Alianza Israelita, denominada *Fraternité Scolaire*, hice una larga conferencia y noté con gusto que, por larga que haya sido y hubiera podido ser, la asistencia, suspendida a mis labios, oía hablar de España y de Pulido con silencio, respeto y amor. ¿El público? Toda la juventud que estudia; toda la generación que quiere saber; toda la comunidad de ambos sexos; representaciones de todas las entidades judías, el diputado judío, y, a la cabeza, el Gran Rabino, jefe espiritual de la Comunidad, y, a su lado, el presidente de la Comunidad, jefe civil (en Andrinópolis hay 18.000 sefardíes).

Yo hubiera querido, mi buen amigo, que por un agujerito pudiera haber visto esta reunión y oído las ovaciones de que han sido objeto España, el Rey y usted. Seguramente en las amarguras de estos últimos tiempos hubiera sido para su gran corazón el bálsamo que halaga y amaga.

Porque, mi querido amigo, como decía usted en una de sus cartas, que conservo como reliquias, «los apostola-

dos son difíciles de ejercer», pero también demandan mucho tiempo para ser entendidos, mismo de las personas que se quiere redimir. Tenga la seguridad absoluta que todo judío sefardí tiene hoy el corazón al unísono con el de usted.

Después que yo terminé de hablar se levantó el Gran Rabino, y, en un corto y muy sentido resumen de lo hablado, dijo, dirigiéndose a la tribuna donde permaneciera yo: «*Y diga al gran Dr. D. Angel Pulido que nuestros corazones están embargados por la emoción, y sea usted acerca del gran y noble español intérprete de nuestro profundo agradecimiento.*»

Del resto, se acordó espontáneamente que el Gran Rabino, en nombre de los judíos que administra; el diputado israelita, que representará en Atenas los intereses judíos, y el Comité de la Fraternité Scolaire, en cuyo local tuvo lugar la reunión que amablemente las autoridades helénicas permitieron, pues estamos en estado de guerra, dirigirán a usted oficialmente cartas en las que se pondrán de relieve los sentimientos de agradecimiento y de fraternal adhesión, por y en su hermosa y noble campaña.

Muy hermosas serán estas cartas, por cierto, y parten de lo más profundo y sincero de los corazones todos; pero escuche en secreto lo que yo le voy a decir, porque estoy aquí y veo y oigo, y es: «*Que todos los judíos de ambos sexos de Andrinópolis, grandes y chicos, se han aprendido el nombre del gran español y han elevado en sus corazones un altar en el que brillan las palabras El buen Pulido, y lo pronuncian con igual respeto y cariño que dicen los nombres de los Profetas de Israel.*»

He ahí, según mí, el mejor resultado de mi conferencia y más valioso premio a mi labor.

Esperando y deseando se encuentre en buena salud, reciba, mi querido amigo, la expresión de mi gran cariño

por España y su Rey y la de mi profundo afecto y devoción para usted. Suyo siempre, *Armand Guéron*.

Carta del Gran Rabino, Su excelencia Meir Behmorias.

El Gran Rabinato de Andrinópolis es uno de los más venerados del pueblo semita en Oriente; y su adhesión y las manifestaciones que hizo su jefe espiritual en la Conferencia tienen un alto valor moral que nadie, a no ser persona inculta, puede desconocer. Por carecer de nacionalidad propia, las organizaciones y categorías políticas y administrativas, faltan en la grey hebrea; y en todas partes ésta no tiene otras instituciones y vínculos de solidaridad y de unión que la dirección de sus jefes religiosos, los Rabinos, y las asociaciones de beneficencia y de intereses sociales, que son abundantes en ella, por ser el único recurso que les han dejado las persecuciones y la falta de suelo patrio, para subsistir y no desaparecer, refundidas con las naciones hospitalarias donde han encontrado refugio sus hijos.

La identificación de los grandes Rabinos con esta campaña nuestra es ya antigua. En mi libro *Espanoles sin patria* hay conmovedores testimonios de ella. En el banquete grandioso de la noche de 8 de Noviembre, dado en París por centenares de riquísimos y altos representantes de la raza y del Gobierno francés, estuvo en persona el Gran Rabino de Turquía, jefe universal, como si dijéramos su Papa, o egregio representante de Dios; y representado estuvo el de Andrinópolis. Fué el Gran Rabino de Francia, Su Eminencia Mr. Israel Levy, quien presidió el pleno del Consejo de la *Alliance Israelite*, el que recibió al vicepresidente del Senado español, una noche de Mayo último; y fué él mismo, quien en un día de Diciembre úl-

timo, le puso en contacto con el varón E. Rostchild. Tiene, pues, explicación, que Su Eminencia Meir Behmorias manifestase su adhesión en la Conferencia, y se dirigiese con carta muy acreditada, y formalizada con sellos, membretes y letra autógrafa, al español, su amigo, en los términos siguientes:

Andrinople, le 19 Novembre 1920.

Excelentísimo é ilustrésimo doctor D. Angel Pulido y Fernandez, senador del Reino.

Madrid.

Muy distinguido señor mío y de mayor consideración, He sido muy contento en asistiendo la noche de antes del domingo ultimo a una interesante conferencia que ha pronencido en un cerco de gente aclarada onde nosotros, el joven y simpatico conciudadano mio: Sr. don Armando Gueron, sobre los esfuerzos despiegados de Vd. en el buto de hacer aclarar las conciencias de su gran nación en su pays, y el rehabilitamiento de la muy cruela injusticia cometida a los judios rempuhados de España en el año 1492, dato nefaste por los Israelitas «Sefardim» de todo el mundo.

El brave conferencero nos entretubo mientras dos horas con su harmonlente idioma en un puro castrillano y bien comprendido sobre las peniblas lutas que emprendio Vd. disde muchos años en esta tarea tanto noble y generosa.

Toda la asistencia compuesta en gran mayoria de lo mas escujido entre la clasa intelectual de nuestra comunidad, hombres y mujeres, fueron muy entusiasmados en escuchando con gran atencion al estimado orator, que, con pieas en escrituras y imprimadas en mano, relebaba los infatigables medios que empleo Vd. tanto con la palabra en el Senado, y tanto con sus publicaciones y enfin en la memorable audiencia que le fue acordada a este buto de

parte el monarca bien conocido por sus sentimientos muy humanos, su Majestad el rey Alfonso.

De mi parte he seguido todas las palabras de el conferencero con mucho anelo y remarcando el maravioso efeto que produjo entre toda el auditorio me hice un agradable deber de felicitarlo muy callentemente por su hermosa y muy reconfortante conferencia, en nombre de mis hermanos en esta comunidad, y en mi nombre.

En mesmo tiempo, le fue rogado de transmeter a Vd. nuestros respetos y nuestros homenagea con toda gratitud por los alabados esfuerzos en su sacrada tarea, en el interes de la verdad y de la humanidad y que su bendicho nombre sea gravado en el corazon de toda la generación hebrea «sefardit» de nuestras partes, por nombrarlo en bueno siempre, y como dicen en hebreo: *Zahour Letov*, nombrado para bueno.

De mas, pienso que sería mejor de pasar todo esto a la conocencia de Vd. por esta carta mia por denotarle con advantage la gran veneracion que profesan por Vd. muchos de mis hermanos alto placados y savios, con algunos de los euales tube ocasión de recontrarme y ablar a este propósito.

Ellos aprecian a Vd. por su justa valor. De mi parte, su humilde admirator, ruego a Vd. de querer bueno agradecer mis sentimientos de toda veneración y devotramiento por Vd. y que ruega por sus vidas largas con toda felicidad.

El capo rabeno de la comunidad Israelita de Andrino-
pla, Meir Behmorias.

Carta de la Juventud Universitaria.

Importantes son, sin duda, las dos cartas anteriores, pero la que sigue entraña más motivos de meditación para todo buen patriota y hombre advertido, de buen gobierno español, porque es la voz de la juventud ilustrada, la de la generación soberana y culta que continuará mañana los destinos de su pueblo, y busca los modos y caminos de su reconstitución y de su autocracia. Y esto tiene para España un interés grande, que solamente la ignorancia y la inconsciencia pueden desconocer y menospreciar.

Para remediar, en lo posible, algo, este deplorable defecto, yo me voy a permitir SUBRAYAR aquellos conceptos sobre los cuales debemos fijar nuestra atención, y que expresan estados y movimientos del espíritu; consejos, advertencias y solicitudes, que debemos atender, si es que deseamos servir a grandes intereses de *nuestro prestigio nacional, de la Humanidad y de la Patria.*

Yo concedo mucho valor a estas manifestaciones de las juventudes universitarias israelitas, porque con ellas me he encontrado frecuentemente y hemos compartido gratas emociones desde los primeros tiempos de mi apostolado. En mi libro *Espanoles sin Patria* y en artículos de *El Liberal*, año 1904, ocuparon lugar extenso y notorio, mis comunicaciones con la Sociedad *Esperanza*, formada por toda la juventud israelita que cursaba en la Universidad de Viena, y se había constituido para *mantener la lengua española y hacer posible a sus miembros la instrucción científica y literaria.* Un año después, ella fué la que me recibió con grande entusiasmo, rindiéndome homenaje honroso, en Gibraltar. Recientemente, en Julio de este año que expira ahora, ella es, de nuevo, la que se reúne en Viena, funda otra Sociedad con grandes recursos, titulada *Unión Española*, para mejorar su lengua, cultivar su espíritu y estre-

char sus vínculos de raza, y se dirige a mí, nombrándome socio de mérito, solicitándome elementos de cultura hispana y mis libros; por lo cual mantenemos públicamente, en órganos de la Prensa, una comunión espiritual patriótica. Y ahora, esta Juventud se me dirige, también en Andrinópolis, siempre con los mismos nobles ideales y orientaciones, de una España histórica, demandando a este su antiguo amigo, al que llaman con noble cortesía su *protector*, como lo hacen todas, una nutrición espiritual hispana, que nosotros, los españoles, debemos prestar con entusiasmo-largueza y gratitud.

La juventud en todas partes es siempre simpática: aun con sus errores, ligerezas y graves imprevisiones. El himno de esperanza y de alegría que cantan siempre sus labios; el entusiasmo por las empresas generosas y nobles que late sin cesar en sus corazones; los ramos de flores, lindas y aromáticas, que lleva en sus manos y con las cuales tapa, a su mirada, los sepulcros que se encuentran en el camino de la vida; los encantos físicos, gallardías y gentilezas que atesoran sus organismos primaverales..., todo, todo en ella atrae, seduce y nos reclama cariño y protección. Si a estas cualidades, fuertemente sugestivas, se agregan aquellas otras que representan el ser esta juventud la de una raza desgraciada y muy inteligente, que convierte su mirada, ofrenda su amor y rinde su culto a la madre un día cruel, que por fatalidades de los tiempos y las circunstancias hubo de incurrir en parricida, ¡ah!, entonces sus seducciones y títulos a nuestro afecto y devoción aumentan sobremanera, y nos brindan la ocasión de hidalgas, cristianas y bellísimas reparaciones.

He aquí la carta que me escribe, en nombre de la Juventud que forma la Sociedad *Fraternité Scolaire*, la Asociación de los antiguos discípulos de la *Alliance Israélita Universelle*, fundada el año 1908 en Andrinópolis, el que es ahora su digno presidente, Hude Taranto:

Andrinópolis, 6 de Diciembre de 1920.

A su Excelencia el Dr. D. Angel Pulido y Fernández.
Madrid.

Excelencia:

Tenemos el alto honor de escribirle la presente y esto nos parece en mismo tiempo un deber. La ocasión que nos hace cumplirlo es muy interesante para nosotros. Formamos una Asociación de todos los jóvenes que pasaron por las Escuelas del l'Alliance Israélite, y nos agrada continuar los estudios sino como en las clases, mas libremente, por los libros, conferencias, gacetas y revistas. Verdaderamente, *no sabemos si por nuestra falta o falta de España, nunca hemos tenido ocasión de ocuparnos de cuestiones españolas y por tanto vemos cuanto nos interesa su hermoso país.*

Francamente, *nos consideramos dos veces venturosos al escribirle: por el honor de conversar con una personalidad tan alta en España como Su Excelencia y tan simpatizante con nuestra raza, y por tratarse de una cuestión de tan grande interés como la de su campaña en nuestro favor y su ideal de justicia en nuestro provecho y creemos de España también.*

Un amigo y compañero nuestro, Sr. Guéron, que torna de España después de ocho años de ausencia, tuvo el tiempo de estudiar en su hermoso país todos los raportos que hay en él, con la época judeo-española, sus vestigios ainda conservados, sinagogas, piedras, etc., los que quedan en los usos y en la manera de hablar; tuvo también el honor de conocer a Su Excelencia y de ganar su amistad y de estudiar de cerca el escrito de sus campañas en favor de Israel; nos hizo una descripción de lo que hoy es España y de quien es D. Angel Pulido. *Podemos decir que hoy conocemos y amamos a España COMO TIERRA QUERIDA; conocemos y veneramos al gran español que se llama Dr. Pulido.*

Cuando nuestro compañero Guéron vino aquí, nos visitó en nuestro local y nos mostró su deseo de hablarnos de España y de la campaña del Dr. Pulido. *Convidimos a todos los adherentes de nuestra Sociedad y a todos los notables de la comunidad israelita de nuestra ciudad y, a la cabeza, el Gran Rabino.* Todos se apresuraron y se hicieron un placer de acudir, y raras veces nuestro local tuvo un aspecto tan imponente. *La reunión mezcla de hombres y de mujeres, fué una verdadera manifestación de amor por España y de admiración para el gran español, que, metiéndose por encima de las ideas falsas de su país, acumuladas por siglos de fanatismo y prejuizados, supo levantar su voz en favor de los expulsados de 1492, poniendo al servicio de esta noble causa toda la autoridad e influencia que le da su alta situación en el seno de la Alta Cámara Española.*

El interés especial del sujeto tratado, la grande y ardiente convicción del orador, la precisión y elevación de las ideas y el calor comunicativo de sus sentimientos, todo *expresado en una lengua que, sin ser la que hablamos hoy, comprendíamos aún muy bien, por su claridad, conquistaron todo el auditorio.* Todos le seguíamos como en un sueño dorado en un país encantador; nuestros corazones batiendo junto con el suyo. Fué entonces una *exaltación de nuestros sentimientos de simpatía por España y su REY y de reconocencia para el eminente Senador que supo dar toda su vida a un gran ideal de justicia y de verdad.*

¿Qué ha pasado en nosotros? Tantos años han pasado desde que no tenemos nada con España; quinientos años que ella nos echó y no quiso más ocuparse de nosotros, y súbito unos sentimientos nunca sospechados salen del fondo de nuestros corazones y nos hablan en español puro; nos sentimos todos españoles.

¡Qué grande no fué nuestro atamamiento a España, y que dolorosa la expulsión para que a distancia de muchos si-

glos, fibras atávicas de nuestras almas puedan despertarse con tanta fuerza! Es que la evocación de tantos recuerdos de un pasado que fué y no es más, nos muestra que en un tiempo, en la brillante época de los Abravanel, Maimonide, Halevy, etc, la historia de nuestros dos pueblos se confunde. Tuvimos todos la clara conciencia y concreta visión de todo lo que nos ata a España en el orden social y moral; que es a ella que debemos nuestras tendencias y heredad latina de nuestro carácter y espíritu, QUE UNA CULTURA FRANCESA DE MUCHOS AÑOS NO HA PODIDO ARRANCAR DE NUESTROS CÓRAZONES.

El mal destino ha querido que los dogmas y preceptos de odio de otros tiempos triunfen traendo la ruina allí onde la concordia y la paz podían dar hermosos frutos. Mas, ¿es posible que ainda hoy sea menester esfuerzos constantes y sacrificios de la más alta figura de España para hacer entender a este país el mal camino que tuvo seguido para impedir la culebra malhechora de la intolerancia y del fanatismo de ejercer su influencia entosegada, en destruyendo para siempre las esperanzas que un grande país como España se debe a ella misma de cultivar en provecho de la expansión de su influencia y del desenvolvimiento de su cultura?

¡Bendichos sean sus esfuerzos y feconda su obra! De día en día se afirma el suceso de sus ideas y de todas partes se derroca el edificio ainda en pie del fanatismo y de los prejuizados acumulados por siglos de obscurantismo indigno de nuestros siglos.

La causa superior de la justicia y el verdadero interés de España se acuerdan para preconizar y predicar un acercamiento de nuestras culturas porque por una de estas sorpresas de la Historia un ramo del Arbol de Israel se topa hoy creciendo en el de España: los judíos del Marroco están hoy ligados al porvenir y esperanzas de España. Y, si

la equidad de su conciencia le hace estimar que un gran daño fué hecho a nuestro pueblo por una época ignorante y cruel, *¡qué hermosa ocasión no se ofrece hoy para nuestras naciones de echar un velo sobre los yerros del pasado, para olvidarlo de una vez y de emprender de nuevo sobre tierras vírgenes de España y Marroco una colaboración interrumpida por aquel siglo de la Inquisición y tan menesterosa para dos pueblos tan hechos para entenderse!*

Esto es, en suma, lo que la conferencia de nuestro compañero ha inspirado a nuestros espíritos y ha evocado en nuestras conciencias.

LA PALABRA ES AHORA DE ESPAÑA.

Por la grandeza de este país querido siempre en nuestros corazones, por la vida de su democrático y HUMANITARIO REY, por el triunfo de los grandes principios de justicia y fraternidad humana que su excelencia tan eminentemente defiende, hacemos votos sinceros y le rogamos de aceptar, excelentísimo Senador, el más respetuoso homenaje de nuestra profunda gratitud y la expresión de nuestros sentimientos de nuestra más alta consideración. — El presidente, *Hude Taranio*.

P. S.— Nuestro deseo era que nuestro amigo Gueron pudiera hablarnos más y más veces de los aspectos de España; nunca nos cansaríamos de oirlo; mas, se va de aquí y no queríamos que nuestras informaciones sobre lo que fué un día nuestra Patria se quedaran aquí. Si no sería abusar de su bondad, le rogamos nos indique qué libros y revistas tratan de cuestiones judeo españolas; nos agradaría tener en nuestra biblioteca sus obras. «Españoles sin Patria», «Los judíos y el idioma castellano», etc., etc. Tendrán lugar preferente. Le damos gracias anticipadas.

IV

Admirado D. Antonio: Yo no puedo rendir a usted un homenaje de respeto y admiración mayor, que el de colocarle en mi alma donde se hallaba situado mi idolatrado y muy docente jefe político, el inmortal Castelar, el español más grande de todos en la política conocidos, porque tuvo las tres mayores grandezas a que puede aspirar el más genial estadista: La de su apostolado sin igual, cuando fué el *Gran apóstol de los pueblos*, y su verbo semidivino los inflamó con grandes pasiones por la Democracia. La de su austeridad y valor cívico, como *hombre de gobierno y Jefe de Estado*, rehaciendo una patria deshecha por carlistas, cantonales y filibusteros. Y la de *patriota arrepentido de sus inexperiencias*, que lo sacrifica todo: popularidad, Poder, partido, Prensa, representaciones y cargos, a la causa del orden público, a la independencia y la conservación de la patria, amenazada de muerte por los delirios de una juventud insensata, y obras de unas inexperiencias locas, en los días de una revolución gloriosa. Y el cometido que desempeñó ya este hombre fué el de ser el representante más augusto, sereno y respetado de la voz y la conciencia de a nación toda, sustraído por entero a las miserias, egoísmos y desaciertos fraticidas de los partidos, incluso el suyo, que deshizo, recomendándonos servir a la causa del orden y del patriotismo con Sagasta. Aquel jefe que, aun después de veintiún años de muerto, vive en mi alma y es el único — ¡qué gran dolor para mis nobles afanes y sacrificios! — a quien oye mi espíritu y alecciona todavía mi oscura y humilde vida; aquel que, — como Víctor Hugo en su vejez, — llegó a ser el sublime patriarca y representante único de una nación gloriosa, es el que deseo ver en usted hoy, cuando, como él, sufre usted, y sufrirá ya de por vida, una incurable y amarguísima decepción y retraimiento,

que despertará en su alma y pondrá en sus labios, como en los de Castelar, aquella famosa súplica dirigida al cielo, cuando la muerte de Alfonso XII hizo posible y necesario interviniera de nuevo en el Gobierno de la nación: «¡Aparta, Dios mío, de mis labios este cáliz de amargura!».

Yo le ruego, yo le encarezco, en nombre de España y de sus más sagrados intereses, que, como presidente de la Academia de la Lengua, como jefe honorario de un partido conservador, como *representante patriarcal* de esta España tan maltratada por sus partidos políticos, lea estos mensajes, preste atención a sus enseñanzas y proceda con patriotismo en las consecuencias deducidas de sus más sanos consejos.

Por hoy basta. Terminaré mi mensaje otro día. Suyo afectísimo y antiguo admirador,

ANGEL PULIDO.

26 de Diciembre de 1920.

SEGUNDA PARTE

I

Sr. D. Antonio Maura.

Mi ilustre y siempre tan venerado cuan admirado amigo: Voy a cumplir la promesa hecha a usted y publicada en el número de *La Ilustración Española y Americana*, correspondiente al 15 de Enero último, completando el Mensaje que allí comencé con motivo de las tres cartas interesantísimas recibidas de Andrinópolis, y cuya finalidad no puede ser otra que servir como buenos patriotas a necesidades graves de nuestra lengua nacional: por la cual bien se advierte hacemos muy poco, si es que podemos decir hacemos algo, hablando en substancia.

Permítame algunas sencillas reflexiones, como preliminar a mi solicitud de hoy.

Un idioma, una lengua, no es sólo un instrumento de vida espiritual y de relación humana para el pueblo que le habla, sino que es mucho más: es una creación superior, extraordinariamente poderosa, que importa en grado esencial a numerosos y muy transcendentales motivos de la nación y de la raza que la han producido.

El concepto primitivo, el más elemental que un sujeto cualquiera se forma de su idioma, es que lo necesita para la vida del hogar y para comunicarse con sus compatriotas; y sabe que sin él no podría entenderse con nadie. Pero a

medida que la cultura del individuo se va desarrollando: si sale de su pueblo nativo y convive algo en otras naciones; si estudia distintas lenguas; si cultiva las letras; si tiene la satisfacción de comunicarse con señores académicos y escuchar sus enseñanzas, especialmente en la ocasión de posesionarse de sus plazas de académicos de número, donde ya es hasta de elemental precepto, consagrar elocuentes párrafos a exaninar y enaltecer, con admirables y conmovedoras letanías, lo mucho y muy sentimental que acerca de la suya se les ocurre decir; ¡ah!, entonces nuestra conciencia y nuestro entendimiento adquieren ya una noción más completa y exacta de lo que es, en realidad, esa creación por excelencia del ingenio español. Y nos enteramos, con noble y grande asombro, de una suprema verdad: que la lengua no es sólo el alma de un pueblo, como se dice, sino que es también su cuerpo, sus músculos, sus nervios y sus órganos todos de sensibilidad, sentimentalidad y actuación personal y mundial. Que es energía real, riqueza y arma de combate, de poder y soberanía. Que es encarnación de bellezas, atractivos y sugerencias. Que constituye una base universal que atestigua existencia, actividad y conquista. Y que esa seducción y dominio son tan íntimamente poderosos y eficaces que, en la nuestra, no más que con su cromática musical, pura y neta, aun sin entender sus vocablos, atrae y enamora, haciendo comprender a los sujetos que la escuchan y emplean, que con las armonías fonéticas de su lenguaje se lleva ya un agente valioso para los intercambios espirituales.

En Agosto de 1911 íbamos, mi esposa y yo, hablando, en un tranvía de la culta y bella capital de Sajonia, Dresde, y pronto advertimos que la atención general se fijaba en nuestra conversación, y la seguía como si la comprendiera; hasta que un pasajero, señor de aspecto venerable, que parecía el más interesado en esta escucha, me preguntó:

—¿Qué idioma es ese tan bello que hablan ustedes?

—Señor, es el español—respondimos.

Y al dar esta respuesta sencilla, nos satisfizo ver, en el caballero y en las personas que llenaban el tranvía, una sonrisa y manifestación de simpatía.

Pues algo semejante nos sucedió, poco después, en Sinaia, una de las más lindas ciudades veraniegas de Rumania, donde existe una preciosa residencia real.

Y como esto se ha repetido en mis viajes numerosas veces, por diferentes ciudades de Escandinavia, Escocia, Austria, Turquía..., hemos podido apreciar muy bien, que el español es un idioma grato al oído; y que por ser así, sólo su naturaleza fonética, su característica musical, constituye ya un medio de presentación simpático y atrayente; como lo puede ser, en un salón, la entrada de una dama hermosa.

Esta cualidad sugestiva bajo múltiples aspectos, puede llegar a conocerla y estimarla mejor aún, durante mis muchos viajes al extranjero, por mis relaciones con los hebreos sefardíes, los descendientes de los expulsados de España en 1492, quienes forman grandes colonias en todas las ciudades de Oriente, y sienten como nadie el encanto de ese análisis, acatamiento y admiración, que casi todos los académicos recipiendarios de la Lengua se consideran comprometidos a registrar en sus discursos de ingreso. Asistente asiduo desde mi juventud, siempre que he podido, a estas instructivas fiestas y solemnidades, he oído sobre un tema que nunca es viejo, ni resulta suficientemente trillado, las elocuentísimas alabanzas a ingenios literarios y oratorios del fuste y renombre de Castelar, Alarcón, Barbieri, Moret, Balart, Balaguer, Canalejas (D. Francisco), Campoamor, Menéndez Pelayo, Fernández Flórez, Cavestany, Cortezo, Sellés, Palacio Valdés, y usted mismo (el 29 de Noviembre de 1903); Pereda y Echegaray, a quien

tantos años hubo de retrasar Castelar su ingreso por morosidad en escribir la contestación, hasta que por fin una tarde tuvimos el intenso deleite de escuchar dos admirables discursos, en fiesta de altísima brillantez. Y por cierto que, a propósito de ella, recuerdo que mi venerado maestro y jefe, a la sazón ya muy retraído de los actos oratorios, y a todas luces poco amigo de dar lecturas, hubo de pasar nervioso la mañana de aquel domingo, con la bien liviana preocupación de que tenía que leer él—el Orador divino—, la contestación al discurso de su entrañable amigo Echegaray; la cual, con decir que era suya, dicho queda lo inspirada y admirable que fué.

II

Oyendo a usted, D. Antonio, en su recepción, y leyendo después varias veces su precioso discurso sobre la oratoria—pues es pieza que tengo siempre al alcance de la mano, y gusto de repasar a veces, siendo algo notorio que también yo, entre mis obras, tengo una sobre esta interesantísima y delicada materia—, y oyendo y leyendo tantas ingeniosas disertaciones registradas en ese florilegio de discursos que forma la más preciosa riqueza de la Academia de la Lengua, es como he adquirido la firme y honda creencia de que nuestro idioma es uno de los más preciosos y soberanos conocidos; y con tales audiciones supe que la Real Academia Española, al ser fundada en 1713, adoptó por divisa un crisol puesto al fuego, con la leyenda: *Limpia, fija y da esplendor*. Y nadie ignora que para cumplir este importantísimo ministerio, los Reyes y los Gobiernos le han concedido preeminencias, exenciones, dotaciones, propiedades..., etc., por lo cual ella debe ser la que preferentemente cuide de la conservación, esplendor, desarrollo y soberanía de nuestra lengua, sin que ninguna

otra entidad, Institución, persona, ni ingerencia extraña, puedan aventajarla en punto a realizar misión que es tan esencialmente suya, ni a subvenir, con mejores solicitudes de amparo y custodia, a los descuidos, ignorancias y abandonos que pueden dañarla. Por algo la Real Academia de la Lengua es considerada y favorecida, en trato y honores, como la primera entre nuestras Reales Academias; y le rendimos muy merecido cumplimiento; y la enaltecemos en su grandeza, cuantos representamos las otras: de Medicina, Bellas Artes, Historia, Ciencias Exactas y Naturales, Ciencias Morales y Políticas y Jurisprudencia y Bellas Letras de Sevilla: que forman la constelación oficial de nuestras sabias Corporaciones; considerando también las Academias de distrito, en sana y obligada cortesía.

He aquí la razón por qué yo, sin tener ningún deber académico estricto sobre este especial motivo, con haber dado a luz más de 100 volúmenes (olvido los artículos que desde 1871 he publicado y que, en cincuenta años de labor incesante, algunos miles sumarán), y haberme enfrascado seriamente y con perseverancia indeclinable, hace ya veinte años, en que no olvide el español una raza que puebla todo el mundo, y ejerce por su carácter, su riqueza y su pasión hispanófila, una de nuestras soberanías más reales y románticas conocidas en la historia, acredito ser un infatigable trovador de esta Reina espiritual; y no olvido jamás, sino que, cual oración religiosa y como himno de amor, pronuncio a diario en todos los tonos, mucho en España y más todavía en el extranjero, mi patriótica cantinela. Y este himno de amor y de catequismo, como casi todos los que á los egregios merecimientos y ejecutorias de nuestra gloriosa nación incumben, lo tomo de mi inmortal y venerado maestro, ya muchas veces recordado; y, en estos apostolados, con él digo—recordando el final de aquella maravilla y asombro de poema hispano, que leyó el 25 de Abri

de 1880, en el modesto salón de la calle de Valverde, donde fué recibido en la Corporación—que nuestra lengua nacional es, al grado que ninguna otra:

«De varias y entrelazadas raíces; de múltiples y acordes sonidos; de onomatopeyas tan dulces que abren el sentir a la adivinación de las palabras antes de saberlas. Es dulce como la melodía más suave, y retumbante como el trueno más atronador; enfática, hasta el punto de que sólo en ella puede hablarse dignamente de las cosas sobrenaturales; y familiar hasta el punto de que ninguna otra le ha sacado ventaja en lo gracioso y en lo picaresco. Y es tan proporcionada en la distribución de las vocales y de las consonantes, que no ha menester ni los ahuecamientos de voz exigidos por ciertos pueblos del Mediodía, ni los redobles de la pronunciación exigidos a los labios y a los dientes del Norte. Libre en su sintaxis, de tantas combinaciones es, que cada autor puede procurarse un estilo propio y original sin daño del conjunto; única en su formación, pues sobre el fondo latino y las ramificaciones celtas e ibéricas, ha puesto el germano alguna de sus voces, el griego alguno de sus esmaltes, y el hebreo y el árabe tales alicatados y guirnaldas, que la hacen sin duda alguna la lengua más propia, tanto para lo natural como para lo religioso; la lengua que más se presta a los varios tonos y matices de la elocuencia moderna; la lengua que posee mayor copia de palabras con qué responder a la copia de las ideas; verbo de un espíritu, que si ha resplandecido en lo pasado, resplandecerá con luz más clara en lo porvenir, puesto que no sólo tendrá este territorio y estas nuestras gentes, sino, allende los mares, territorios vastísimos y pueblos libres e independientes, unidos con nosotros así por las afinidades de la sangre y de la raza, como por las más íntimas y más espirituales del habla y del pensamiento, cuya virtud nos obliga ciertamente a continuar en el Viejo y en el Nuevo

Mundo una historia nueva, digna de la antigua y gloriosísima historia.»

Por eso sobre todas nuestras creaciones, se levanta la creación por excelencia del ingenio español: nuestra lengua. Y por eso no puede ejercerse ministerio más patriótico que el ministerio de velar por su pureza y su esplendor.

III

Pero si la Academia es, por su naturaleza, un Instituto de conservación y de estabilidad, debe serlo de prestancia, de adquisición, evolución y dominio general: porque si así no fuera, sería un organismo de retardos; impedimentas y atavismos. Y como, con grande acierto dijo el orador insigne, además, los señores académicos, aunque tengan distintas procedencias políticas, diferentes convicciones en las ciencias, irreconciliables credos y normas de conducta, abrigan comunes afectos, en los cuales pueden *confluir todas las vidas, entenderse todas las inteligencias y juntarse todos los corazones*; y uno de los puntos que les acerque, les una y los identifique, como si tuvieran una sola alma, es esa lengua que guardando las raíces de sus más pristinos y esenciales orígenes, les ha servido para pensar, para expresarse en lo infinito de sus ministerios profesionales y para comunicarse con su madre y con su Dios; por lo cual ningún esfuerzo ha de parecerles bastante grande, ni sacrificio alguno suficientemente costoso, si hubieren sido hechos en aras de su conservación, su dominio y su grandeza. Y yo confío, por tanto, firme creyente en la exactitud del juicio que mereciera a Castelar la Academia que lo recibía en su seno, que en esta ocasión y para el fin deseado, la Corporación toda ha de ser como un organismo perfectamente sinérgico y unido, que cuide sin discrepancia alguna de su alma nacional.

IV

Abandonar esta riqueza y alma nacional a los tristes destinos de un absoluto desamparo; dejar que se adultere, degenera, corrompa, enferme, muera y sea sustituida por otros idiomas, encarnacion de otras soberanías extranjeras, desventura es que debe mirarse con grande inquietud, y ha de, en lo posible, ser evitada, máxime si esta inmensa desgracia supone fatalmente, y por igual, pérdida de riquezas espirituales y económicas, claudicación de altivas soberanías, aquistadas en siglos de lucha y con los sacrificios más cruentos; y ha de atestiguar una ya irremediable y total degeneración de pueblo y de raza que ningún Estado digno debe consentir, si no se resigna con su muerte.

Pues bien, de este gravísimo mal venimos ofreciendo síntomas, múltiples y tenaces, en España, y culpa es de esos hombres que al regir los destinos públicos, o pertenecer a organismos culturales, no importa sean oficiales o sean libres, miran con menosprecio estos hechos de la concurrencia social; desoyen las quejas, clamores y apercibimientos de los que nos advierten y sufren el daño; y abandonan, con la más criminal y punible indiferencia, la hacienda de nuestras grandezas pasadas, dejándola, no como terreno en barbecho, sino como campo sin dueño, abandonado a los atrevimientos y captaciones de los intrusos que quieren recogerla y apropiársela, precisamente cuando más necesaria es para nuestra reconstitución y nuestra existencia.

Si usted—mi admirado amigo—conviene conmigo en que esa soberanía espiritual que hoy—aunque ya muy desvalda y bien podada—todavía tenemos por el mundo, vale la pena de ser defendida, restaurada y convenientemente incorporada a la patria, dígnese seguir leyéndome y enté-

rese: primero, de los síntomas y apercebimientos con que nos habla la crisis mortal por que pasa; segundo, las razones que pueden convencernos, y más todavía persuadirnos, acerca de su definitivo abandono, o su pronta reincorporación a nuestro acervo nacional; y tercero, los modos de efectuarlo y de realizarlo. Y con motivo de este estudio, vamos usted y yo — advierta usted que digo USTED Y YO (siendo razón de orgullo para mí esta conjunción copulativa que empleo)—a responder a las tres cartas de Andrinópolis y a la carta que me dirigió la Juventud universitaria de Viena, en 16 de junio de 1920, y vió la luz en *El Liberal* y *El Diario Universal*.

En la carta fecha 11 de Febrero, escrita de su puño y letra, con que usted me acusa el recibo y lectura de mi Mensaje anterior a usted, me dice: «Como quiera que, al final del Mensaje anuncia usted una segunda parte de él, estimo que, hasta tenerlo completo, no procede dar cuenta en Junta de la Real Academia Española. Mas si esta inteligencia mía fuese errada, conocedor usted de lo que quedo aguardando, sírvase avisarme, y no demoraré aquella comunicación.» Y yo, a carta que tanto honor me proporciona, y en relicario de autógrafos he de guardar, le respondí al punto, previniéndole no hiciese nada, hasta tanto no completase mi Mensaje, lo cual haría lo antes que mis ocupaciones permitieran.

Estoy, pues, en plena labor para completar el Mensaje, y eso es lo que voy a hacer en esta segunda parte.

.V

Los síntomas de decadencia, abandono y próxima desaparición de este idioma en la raza sefardi son numerosos, y de tan infalible y clara significación, que no se pueden desconocer. Sin necesidad de acudir a otros textos podría

convencerse de este peligro, solamente leyendo las tres cartas publicadas. En ellas verá usted que la de Armando Gueron, el conferenciante de Andrinópolis, es de una corrección, modernismo y frescura que nada, o poco, dejan que desear. Gueron vino a España en 1913, permaneció entre nosotros hasta fines de 1920, y pudo depurar y perfeccionar su jerga hispana nativa; por esto era de creer que su conferencia la daría en un español, si no excelente, muy aceptable. La carta del Gran Rabino, su eminencia Meir Behmorías, acusa una adulteración del idioma ya importante: en el léxico, en el valor prosódico de la frase, en la construcción, y singularmente en la abundancia de galicismos. Los vocablos «buto», «cerclo», «penibles», «lutas», «placados» y muchos semejantes, las concordancias defectuosas, los arcaísmos que en ella abundan..., todo atestiguan un trastorno lamentable de su biología evolutiva. El texto es clarísimo; en ninguna de sus cláusulas se oscurece la expresión, y se ve que un retoque fácil bastaría para restaurarlo, en términos de que la expresión ya quedase limpia, diáfana y correcta. Pero se comprende que con su con-textura actual carece de las condiciones indispensables para utilizarla como una lengua social, capaz de cumplir airo-samente las exigencias literarias, educativas, mercantiles, internacionales y nacionales del siglo XX. Es una jerga de familia, venerable por sus tradiciones y porque con ella se forman la vida íntima, el alma histórica, las pasiones más veneradas y más ardientes, los actos más sacramen-tales, pero no sirve para la convivencia mundial. Representa una grandiosa y soberana lengua venida a menos, en lamentable decadencia por las vicisitudes de una vida desventurada. Destino, decrepitud y ruinosa avería seme-jante a la que se observa en esos inexpugnables castillos, o palacios gigantescos, construídos en pasados siglos, en quienes las injurias del tiempo, el abandono, y la carencia

de reparaciones han ocasionado una deplorable y prematura ruina.

La carta de Hude Tarantó, correspondiente a la Juventud universitaria, la del presidente de la Sociedad *Fraternité Scolaire*, Asociación de los Antiguos discípulos de la *Alliance Israélite Universelle*, es ya más correcta; figura en un término medio entre la de Gueron y la del Gran Rabino, su excelencia Meir Behmorias; pero su corrección le acerca tanto al estilo del primero, que si no hace pensar en la revisión del texto hecha por alguna persona mejor capacitada, que bien pudiera ser el propio Gueron, atestigua una mayor cultura hispanófila de la Asociación y de su presidente; hecho que no me sorprende, porque las cartas que me dirigieron con fechas de Junio y Julio de 1920 los Sres. D. Marco Galimir y D. Alkadmon, presidente y secretario de la Sociedad «Unión Española de Viena»; como el Mensaje-Memoria que Moritz Levy, estudiante de Filosofía y presidente de la Sociedad hebreoespañola «La Esperanza», me dirigió en 24 de Agosto de 1904, y ocupa diez páginas en folio de mi libro «Españoles sin patria», expresan ya los adelantos lingüísticos de una juventud universitaria que mantiene una Sociedad cultural, en cuyos Estatutos figura, como uno de sus más esenciales destinos, mejorar su lengua española. Si usted — mi ilustre amigo — hojeara, no más que hojeara, el ejemplar de dicho libro «Españoles sin patria», que tuve el honor de entregar yo, personalmente, en sus propias manos, un día del año 1904, y que temo se halle sin abrir, si es que lo conserva su bien surtida biblioteca, podría ver allí un epistolario copioso, de sefardíes habitantes por todo el mundo, y en él podría enterarse usted—o quien de este orden de estudios gustase, en la muy alta Corporación que usted preside— y apreciar los curiosísimos síntomas que ofrece esta dolencia de un idioma magnífico, que peca por abandono, y

que va presentando, en su enfermedad de muerte, una característica morbosa diferente, en relación con el país donde habita. No sería nuevo por entero este estudio, que ya han esbozado algunos sabios, entre ellos el doctor Yahuda, y han podido apreciar esos ilustres coleccionadores de romances judeoespañoles que, como D. Ramón Menéndez Pidal, Sánchez Mogüel, Abraham Danon, Roberto Gil .. y otros, se han dedicado largo tiempo a recoger una literatura preciosa, emocionante, relicario venerable de nuestras cántigas medio evales, y que hubo necesidad de tomarla en su más pura y conmovedora matriz: en los hogares de los judíos españoles de Oriente.

Yo, cuando leo estas cartas y romances, y en ellos lamentaciones nobles sobre la impureza y degeneración de su lengua materna, por culpa nuestra, y nos dirigen con este motivo frases tan sentidas como las que se hallan en el primer párrafo de la carta de Hude Taranto, donde dice: *«... no sabemos si por nuestra falta o falta de España, nunca hemos tenido ocasion de ocuparnos de cuestiones españolas, y, por tanto, vemos cuánto nos interesa su hermoso país»* yo, siento que todas las más nobles cuerdas de mi alma y el más encendido patriotismo se conmueven, se afligen, y que una emoción honda, intensa, de rubor, de pena y de indignación me sobrecoge y llega al extremo de poner lágrimas en mis ojos. ¡Seré sentimental y patriota! Y esta ola de sentimentalismo ardiente se aumenta, si con tales frases van otras manifestaciones, como las que abundan en las cartas publicadas en la parte primera de este Mensaje, que atestiguan hondo, perseverante y secular amor, veneración y culto por España, siempre vibrante, sonoro, y espontáneo, que exhala lamentos y protestas del tenor siguiente:

«El hermoso país que canta de manera nostálgica y atávica en los corazones de todos los sefardíes.» — *«Por lar-*

ga que hubiera sido (la conferencia) la asistencia hubiera seguido suspendida a mis labios, oyendo hablar con respeto y amor de España y Pulido: toda la comunidad de ambos sexos; las representaciones de todas las entidades judías, el diputado judío, a la cabeza el Gran Rabino, jefe espiritual de la Comunidad que tiene en Andrinópolis 18.000 sefardíes, y a su lado el presidente de la Comunidad», y otras más sentidas que aquí publicamos.

La carta de la Juventud Universitaria es más expresiva. Su espíritu recuerda el que inspiró el Mensaje de la Sociedad *Esperanza*, en 1904, y la Sociedad *Unión Española*, ambas residentes en Viena, el pasado año de 1920: un noble aprecio a la patria ancestral con un delicado sentimiento de dolor por verse de ella abandonados los hebreos españoles. He aquí como se expresa esta Asociación de los antiguos escolares de la *Alliance Israélite Universelle* residente en Andrinópolis:

«Nos consideramos dos veces venturosos al escribirle... y por tratarse de una cuestión de tan grande interés como la de su campaña en nuestro favor y su ideal de justicia en nuestro provecho y cremos de España también.»

«Podemos decir que hoy conocemos y amamos a España como tierra querida.

»... todo exprimido (el discurso de Gueron) en una lengua que, sin ser la que hablamos hoy, comprendíamos aun muy bien, por su claridad, conquistó todo el auditorio.

»¿Qué ha pasado en nosotros? Tantos años han pasado desde que no tenemos nada con España, quinientos años que ella nos echó y no quiso más ocuparse de nosotros, y súbito unos sentimientos nunca sospechados salen del fondo de nuestros corazones y nos hablan en español puro; nos sentimos todos españoles.

»¡Qué grande no fué nuestro atamamiento a España y que dolorosa la expulsión, para que a distancia de muchos si-

glos, fibras atávicas de nuestras almas puedan despertarse con tanta fuerza...! ... la historia de nuestros dos pueblos se confunde. Y tuvimos toda la clara conciencia y concreta visión de todo lo que nos ata a España en el orden social y moral; que es a ella que debemos nuestras tendencias y heredad latina de nuestro carácter y espíritu, QUE UNA CULTURA FRANCESA DE MUCHOS AÑOS NO HA PODIDO ARRANCAR DE NUESTROS CORAZONES.

»La causa superior de la justicia y el verdadero interés de España se acuerdan para preconizar y predicar un acercamiento de nuestras culturas.»

VI

No continuamos las citas para no alargar demasiado este Mensaje; pero si se lee con atención el texto de las cartas, se advertirá claramente que estos documentos, como los ya más extensos de las Juventudes Universitarias de 1904 y 1920, que recibí y publiqué, vienen a expresar en términos conmovedores y de noble estilo, los siguientes sentimientos: respeto y veneración a su madre ancestral, España; dolor y tristeza por haber sido expulsados de la tierra querida; noble orgullo de haber convivido una misma civilización; olvido y perdón generoso de la crueldad pasada: estímulos de adhesión, digna altivez por su linaje, deseos de mejorar su idioma nativo recogiendo las enseñanzas de su esplendor actual, y una perdurable adhesión espiritual, a pesar de haberse infiltrado ya en sus almas la educación francesa. Esto, que tiene un valor inmenso, y que el hombre de Estado menos advertido de lo que conviene a los intereses de su patria no puede desconocer, y mucho menos debe menospreciar, es lo que brota con abundancia en cuantas cartas, actos y comunicaciones se registran en toda la literatura que he dado a luz sobre este apostolado

ya copiosa. Agréguese a ello los generales y respetuosos cumplimientos que todos tributan a nuestro Monarca; sus votos fervientes por la prosperidad y la grandeza de la nación que siempre vive en su alma, y las promesas prodigadas de ayudarla, y se comprenderá la base espiritual, de origen histórico, que tiene en el mundo nuestra Patria; ya que este pueblo, que suma algunos millones de individuos, ofrece al examen y hacer ver al más lerdo, el número y el valor de sus colonias, grandes y pequeñas, desperdigadas por el planeta.

VII

Es usted, mi muy venerado amigo, uno de los más altos próceres de nuestra política; para muchísimos miles de españoles el más cesáreo, por sus dotes intelectuales, morales y expositivas; y fuera suma torpeza y punible injusticia desconocer que su opinión, sus disposiciones y sus conciertos pesan, y deben pesar, en los destinos de la nación. Lo que nuestra Patria—realmente asaz gloriosa en la vida de las pasadas civilizaciones, y ya ahora, si bien algo caída, noblemente reivindicada por los juicios extranjeros que antes le eran severamente desfavorables—pueda gozar o sufrir, en suerte o en desdicha, para reconstitución o definitivo desastre, obra será de usted y de la bien escasa piña de hombres que rigen nuestros destinos, y se hallan en el incesante juego de tomar y dejar altos cargos, y parece como si vivieran de continuo en el juego de «las cuatro esquinas políticas». Y siendo ello así, de rigor es también que sean ustedes los próceres actuales, los que se llaman: Maura, Alhucemas, Romanones, Dato, Cierva, Alba, Sánchez Toca, Alcalá Zamora, Gasset, Cambó y Lerroux, jefes del tinglado político nacional, los que traten los interesantísimos y transcendentales problemas que

afectan, en los más hondo y universal de sus entrañas, a los PRESTIGIOS, RIQUEZA y ESPLENDOR de España; se penetren bien de su importancia y procedan según lo ordenan tan supremos intereses. Por lo pronto, puedo atestiguar que cuando en el pasado mes de Enero de 1920 yo hube de presentar, a ustedes todos,—y en lo alto figuró nuestro muy avisado monarca D. Alfonso XIII,—las Juntas directivas de las Asociaciones hispanohebreas de nuestra zona de Marruecos, en los sendos y honrados discursos que con este motivo ustedes y nosotros pronunciamos, nuestros sentimientos y nuestras protestas se hallaron totalmente acordes, y juntos todos ofrecimos adhesión y culto sincero a la madre Patria, España, cuyo nombre querido y sagrado acudía por igual a nuestros labios. Y como las frases dichas y el calor en ellas puesto, y la honorabilidad de todos garantida, acreditaban que en sus hogares (los de ustedes), realizábamos un acto de noble patriotismo, y no una farsa impropia de hombres serios y de patriotas celosos, muy de razón y de conveniencia nacional es deducir de esto algo útil. En otras ocasiones, los intereses públicos que acuden a utilizar los servicios y protección, por los próceres mencionados prometidos, fueron, son y serán de otra clase; en la actual, que traigo al Mensaje que a usted dirijo, es el idioma español, amenazado de desaparecer en la raza y el pueblo que tiene contraídos más altos y consecuentes méritos, para conservarlo y valerse de él en todas las necesidades de su vida, así la particular del hogar íntimo, como la pública de los negocios y los intercambios mundiales.

Y que ese idioma que, por disposición de la Providencia y rarísima consecuencia multiseular, no conocida en raza ni pueblo alguno, se ha conservado con amor y veneración inefables en hogares dispersados por el mundo y que ninguna comunicación tenían entre sí, corre peligro de muerte, es facilísimo comprobarlo, y para ello voy a expo-

nerle a usted algunos datos que se lo harán bien patente en seguida.

VIII

Cuando realicé mi viaje a Oriente, el año 1903, visitando todos los pueblos balcánicos y Turquía, y llegué hasta pisar suelo asiático, me impresionó mucho el ambiente español que por doquiera encontraba, dándome la sensación de hallarme en ciudades españolas, con Institutos donde se enseñaba y exaltaba nuestra lengua, en la cual se daban las enseñanzas. Me asombró la abundancia, censo y riqueza de sus colonias hispano-hebreas, y me conmovió aún más enormemente, ya en este hispano medio colocado, que hablando con altos personajes de la corte del Sultán de Turquía, como el general Elías Pachá, por ejemplo, me dijese que sus hijos no usaban ni conocían ya el español, el cual lo sustituían con el francés, el alemán y el italiano, por ser aquél un idioma que su nación de origen jamás había cuidado de que lo mejoraran, y tener en cambio otros idiomas como el francés, el alemán, el italiano y el inglés, útiles para la vida actual y las relaciones internacionales. Y advertí además, que los sefardíes eran objeto de solicitudes y enseñanzas, por parte de las naciones referidas.

Confieso que esto me dolió mucho. Vi una energía y una riqueza, nuestras por su origen y su alma, marchar por vías de perdición después de cinco siglos de conservadas y cuando precisamente más necesario nos era su aprovechamiento, y entonces me propuse dedicar algún tiempo, desvelos y trabajos a evitarlo, estudiando la cuestión. Este fué el origen de mis primeros discursos, conferencias, artículos y libros: aquéllos en el Senado, éstas en Sociedades y el Ateneo, para dar a conocer a nuestros Gobiernos, a nuestros jefes políticos y al país, lo que había encontrado

en mis viajes, y el deber en que España se hallaba de atender a este problema, cuyo intenso valor moral, idiomático, económico y político, bajo muchos aspectos, hasta el hombre más porro, si no es un fanático irreductible, comprueba en seguida. Lo que yo vengo realizando en este orden de intereses patrióticos es notorio, y me ha revestido de una significación y carácter que no siempre favorecen mis modestos intereses; ya que las resistencias de los espíritus reaccionarios, la ceguera y la rutina siempre vivas, y la lucha que entablan los intereses creados, cuando se alarman y defienden contra nuevas concurrencias, forman muros inaccesibles y levantan hostilidades insensatas y antipatrióticas, que los hombres de gobierno, de cultura y de espíritu progresivo, debieran combatir y remediar, con serio espíritu gubernamental y por fines bien utilitarios y prestigiosos.

IX

El abandono de España excita ya cierta reacción contra ella, que aprovechan los demás pueblos. Yo recojo ferventísimas protestas y testimonios de adhesión, respeto y gratitud. Mis discursos, libros y propagandas, se buscan por fuera con interés y se traducen a otros idiomas. Las grandes figuras de Israel y sus Instituciones poderosas, como la Alianza Israelita Universal, me enaltecen y ofrecen su ayuda. Por todas partes se me demandan elementos de enseñanza y se me invita a dar demostraciones de lo que vale nuestra nación; se me señalan los peligros de nuestro abandono, y cómo frente a nuestra pasividad se alzan Instituciones poderosas, con legiones de centenares de maestros, con presupuestos de millones de francos, y con organismos pedagógicos y profesionales muy expertos, capacitados y bien provistos de elementos y medios, para borrar en el

histórico encerado que representa el alma de la raza, el nombre de España que allí permaneció escrito, y solo, sin competencia, durante siglos; y sustituirlo con los nombres de otros pueblos que cuidan bien sus intereses y que saben lo que vale coger esa raza, cuyas actitudes de laboriosidad, listeza y energía tensa y perseverante no reconocen superioridad y es necio negar; al ver esto, mi alarma es grande, y más fuertes y apremiantes son los gritos y requerimientos de mi patriotismo.

Esta negligencia de un país, cuyo jefe de Estado es un Monarca joven, demócrata, activo, progresivo, entusiasta propagandista y colaborador de cuanto pueda ensanchar sus horizontes nacionales y servir a su grandeza, y que diciéndome: «Pulido, hay que cuidar con interés de eso», acredita que vive a la moderna y tiene grandes previsiones; de un país donde hay jefes políticos, quienes, todos, sin discrepar uno solo, dicen: «la empresa es grandiosa y hay que ayudarla», y donde nuestras desventuras han menguado, en grado deplorabilísimo, nuestras envidiadas soberanías, prestigios y concurrencias universales; esta negligencia, repito, es ya verdadero delito de lesa patria, y urge, por tanto, que una enmienda sería atestigüe que tenemos conciencia de nuestros patrióticos deberes; que nos asisten cultura y reflexión bastantes para comprender los supremos intereses que entraña este apostolado, y que hay en nosotros, propósito firme y persuasión suficiente, para reparar una desdicha de los tiempos, que no hay por qué analizar ahora en sus causas, cuanto menos condenar en sus autores, tiempos y poderes,—los que merecen nuestro respeto, entendiendo que no nos hallamos en condiciones de enjuiciarlos—; pero sí que hemos de reparar atentos a una actualidad que ofrece nuevos códigos morales y distintas normas y fundamentos de gobierno en las naciones todas.

Sobre este tema, respetado D. Antonio, mucho he predi-

cado en libros importantes; bastante más dije en mis tres conferencias dadas el año pasado de 1920 en el Ateneo, donde hube de traer a cuento, y comentar en forma, las visitas que les hicimos con las Juntas directivas de las Asociaciones hispano-hebreas de Marruecos; y a él vuelvo, encuadrándome con usted, por motivo de haber recibido las tres cartas de Andrinópolis que dejamos publicadas, y que tengo sin respuesta.

X

Yo, admirado D. Antonio, no necesito decir, porque ello es bien sabido, que soy un modesto ciudadano; un solitario que—aunque me siento en el Parlamento hace ya más de treinta años y hago en él a veces oír mi voz—no tengo influencia ninguna, ni represento más de lo que representa *una decorosa insignificancia*. Ni mi jefe, ni mi partido, ni nadie, guardan, ni guardaron nunca, para mis propagandas y persona, aquellas altas y efectivas consideraciones que mis importantes empresas y la fe en ellas puesta requerían. Esta es la verdad, y como yo soy sincero la expongo, porque con vivir en el error nada se gana, y, en cambio, si el error importa con daños y ofensas a intereses nacionales, mucho se pierde. Soy un ejemplo más de esas contradicciones de la vida, que a veces hacen víctimas a individuos altruistas, haciendo también víctimas con ellos a sus preciosos ideales; como en el caso del desdichado ingeniero Sr. Pérez Muñoz, asesinado, según expuso un elocuentísimo abogado que decían sus asesinos, *por meterse en camisa de once varas*, queriendo defender el derecho de unos modestos obreros a ganarse la vida con su trabajo. De mis quijotismos algo hemos de culpar a mi venerado maestro el gran Castelar, ya que él me infundió amor santo a la patria y me enseñó a rendirla todo sacrificio, cuando de sus egregios intereses se tratase.

Dada esta soledad mía, y habida cuenta de que la ayuda que demando es sobre la conservación, limpieza y esplendor del idioma, donde este bien nos es muy necesario; y que usted es el presidente de la Academia de la Lengua, tiene bajo su dirección una Corporación ilustre y numerosa, y abunda en prestigios y medios para cumplir sus fines esenciales, ¿quiere usted, y con usted la Academia, ayudar a esta patriótica campaña, o apostolado, que hace años vengo realizando sin tener deber ninguno de hacerlo? He aquí una pregunta que, en público y con cierta solemnidad, le hago.

Pues hemos de empezar respondiendo a los señores firmantes de las tres cartas, y con ellos a la Sociedad *Unión Española*, de Viena, en sus amables, patrióticas y autorizadas excitaciones a tratar de tema tan esencialmente nacional como es «la lengua española».

Yo voy a hacerlo, muy brevemente, por mi parte, y con ello cerraré ya este Mensaje. En mis respuestas he de considerar que me asiste, *mutatis mutandi*, el esclarecido pensamiento de su alta mentalidad, para que con ello gane un valor que yo no podría darle. He aquí las respuestas:

RESPUESTAS A LAS CARTAS

A Su Eminencia Meir Behmorias, Gran Rabino de Andrinópolis.

Eminencia: Su carta me honra y obliga tanto como me conmovió el relato, hecho por Gueroñ, de que apenas terminada su conferencia, os levantásteis espontáneamente, y en corto y sentido resumen le encomendásteis decirme frases y expresarme sentimientos nobles, y gratos a mi patria y mi persona, y con ello hubo públicamente de acordarse que, en nombre de Comunidad de muchos miles d

hebreos que administráis, me escribiérais y atestiguáseis altos sentimientos de gratitud y adhesión a mi obra.

Yo recibo impresionado ese testimonio y leo con emoción y gratitud vuestra carta. Tenéis alta investidura religiosa, y yo siempre, y en todas partes, fuesen cuales fueren las religiones, he mirado con veneración a cuantos rigen las almas colectivas y regulan sus comunicaciones con el Dios Supremo. De antiguo es que Grandes Rabinos acrediten reconocimiento por mi obra de confraternidad universal, y de sus labios y de su pluma me han venido testimonios honrosos de veneración y afecto. A S. E. Mr. Nahoum Effendí, Gran Rabino de Turquía, que honró el grandioso banquete que se me dió en París la noche del 8 de Noviembre de 1919, rogué entonces expresara mi afecto y la efusión cordial en aquel acto habida, a las pobladísimas barriadas de Oriente, donde regía su espiritual dirección. Noble amigo mío lo es el actual Gran Rabino de Turquía, sucesor de Su Eminencia, Enrique Bejarano, quien ejerce una sabia soberanía sobre el mundo israelita, y pa a quien hube yo de conseguir le nombraran corresponsal de la Academia de la Lengua. Como otro tanto logré con el Gran Rabino, sabio, literato y políglota Abraham Danon. Amigo de nobles respetos es el Gran Rabino de Francia M. Israel Levy, y nunca olvidaré la inspiradísima y ferviente plegaria que el reverendo Rabí de Debdú (Marruecos) me envió en hebreo y se halla impresa en mi libro «Españoles sin patria», porque Dios, Nuestro Padre, Nuestro Rey, que está en los cielos, prolongara mis años con delicias y mis días con bien.

Sensible, toda la vida, a las demostraciones de una piedad pura y a las exaltaciones del alma hacia esa Voluntad Suprema que creó y regula el Universo infinito y los millones de mundos, flotantes en el espacio, en concertadas armonías,—cuyas grandezas nunca comprendera ni medirá

nuestra limitadísima inteligencia,—yo recojo, humilde y tocado de intensa unción, cuanto se me expresa en gratitud por mi apostolado; cuanto se reza por mi salud, a veces, y por años, sometida a bien terribles pruebas y sufrimientos; y cuanto se dice en bien de España y en respeto y veneración del Monarca D. Alfonso y su Real familia, como Su Excelencia lo ha manifestado en su carta.

Dios es inaccesible a nuestros menguados discursos. Ni de su universalidad, ni de su grandeza, ni de su clemencia infinita, ni de aquella Suprema voluntad con que rige las armonías y la vida de las esferas que giran en el espacio, como las moléculas de polvo en la atmósfera, podemos tener idea. Vanidosos y ciegos de la mente son los que creen conocer sus designios y administran, a su antojo y conveniencia, su voluntad y su misericordia infinita, para enjuiciar cruelmente razas, pueblos y personas.

Elevemos a El nuestras ardientes plegarias y pidámosle «para España, para Israel, para los pueblos todos, cuyos hijos elevan a los cielos las miradas y los corazones, la paz, la ventura y la virtud que tan necesarias nos son». Hace ya muchos años que esta oración no se aparta del alma, ni dejan de pronunciarla los labios de éste, su servidor, muy agradecido a su bondad y cortesía, *Angel Pulido*.

A D. Hudé Taranto, presidente de Fraternidad Escolar.

Mi excelente amigo: Veo que los jóvenes hebreos con su amistad me honran. Bella y noble es vuestra carta, y en ella se respira y se goza, con las frescas brisas de la primavera de la vida, los deleitosos y puros aromas de las almas virginales, orientadas siempre y abiertas a las preciosas y santas comuniones de la fraternidad, la cultura y el respeto a las venerandas y conmovedoras tradiciones de

nuestro pasado, al cual jamás espíritus hidalgos y gentiles deben ser infieles, si aquél fué tan cesáreo, admirable y útil a la obra de la cultura y del progreso universal, como lo fué la civilización cristiano semita que magnificó la corte de los Alfonsos en España, y tuvo su radiante asiento en la Metrópoli sucesora de Jerusalem, la Imperial Toledo.

Queriendo yo subrayar en vuesta carta aquellos pensamientos suyos, que me llegaban a lo hondo del alma, casi por entero hubo de componerse en bastardilla; y ello fué porque en toda fluyen desbordadas la bondad, el recuerdo ancestral al solar hispano, la comunión de nuestros sentires, y una afluencia tal de pensamientos generosos, que el corazón no agradecerá nunca bastante y la pluma es impotente para escribirla y ensalzarla.

Vuestras sentidas quejas al olvido de España; la comunión efusiva de los afectos en su colonia; la emoción por la lengua actual nuestra, y los anhelos por la regeneración de la vuestra; el despertar súbito de los dormidos amores y santos cultos, que se alzan unidos sobre las exóticas capas modernas con que otras naciones los cubrieron; la invitación a que nuestra nación se produzca y manifieste, diciendo gallardos, y cual elocuentes y altisonantes parlamentarios, LA PALABRA ES AHORA DE ESPAÑA... todo lo por usted escrito: ¡cuántos pensamientos suscita! ¡Qué magníficos discursos demanda! ¡Qué Castelar, de mi admiración y de mi alma, debiera recogerlo, todo, para con su respuesta ofrendar himnos a la Humanidad, a las razas, a los pueblos y a la dolorida madre Patria!

Yo prometo no olvidaros y cumplir con vosotros y con la juventud de Viena inscrita en Unión Española, la deuda que contraigo de ofrendaros libros y testimonios múltiples de amor y de recuerdo.

Saludo en usted a la noble juventud y le encarezco no

olvide jamás esta patria buena, generosa, heroica y santa por sí, aunque fatalidades de los tiempos y extravíos de los hombres que la rigen, enmascaren y desnaturalicen, a veces, sus hermosísimas condiciones.

A todos los de Fraternidad Escolar, gratitud y un abrazo de su viejo amigo, *A. Pulido*.

A D. Armando Gueron.

Mi caro amigo: Para usted pocas palabras. Venía apreciando en usted nobles sentimientos hispanos, y por ellos fueron mi aprecio y mi adhesión a su vida, en nuestra tierra madre: su rasgo de ahora confirma mis juicios y me acrecienta, hasta por deber y reconocimiento, el pasado y perenne afecto.

Su conferencia es la confirmación de lo que siempre he dicho; saber: que el pueblo sefardí es leal, hispanófilo, laborioso, inteligente, de grandes y numerosas virtudes, y en todas partes acredita que sus condiciones de raza perdurable son inmutables, y que donde fija su planta, como semilla de gran potencia germinal, arraiga, crece y produce copioso y dulce fruto. ¡Gracias, en nombre de España! Téngala siempre en su corazón, y siga propagando lo mucho que encierra de bueno, como lo hizo en Andrinópolis. No debe decirle más su siempre afectísimo amigo, que desea verle por Iberia, *Angel Pulido*.

XI

Y ahora, para terminar, querido D. Antonio, dos palabras.

No dudo que el problema de la vida de nuestra lengua, aquí tratado, le habrá sugerido ideas y propósitos. Existe en él un gran compromiso y un supremo interés material, al cual yo solo no puedo ni debo atender.

Yo he conseguido, con una enmienda mía, que el Parlamento incluyera en un epígrafe de sus presupuestos nacionales, recursos para favorecer el mejoramiento de la lengua entre los sefardíes: esa partida no ha sido utilizada y se perderá. En 1905 mandé yo muchos paquetes de libros españoles a Viena. Ahora quiero mandarlos a Viena y a Andrinópolis, y algunas pesetas, no muchas por mi pobreza, tengo para eso. ¿No podría ayudarme la Academia? ¿No podría ella acometer algo digno de su nombre, su destino y sus recursos? ¿No serán, usted y la Academia, capaces de proclamar toda la grandeza de esta causa y serviría, para honor, esplendor y riqueza de España, nuestra patria? *¡Ecco il problema!*

He aquí lo que solicito.

Yo no pido nada para mí, y advierto que no quiero se vea en éste y otros trabajos míos, una solicitud para ingresar en su ilustre Corporación. ¡Nada de eso! Yo no solicito, ni solicitaré jamás, la honra de ser recibido en su seno, aunque más de cien volúmenes escritos, algún derecho a ello me crearan. Como que yo no busco estas múltiples incorporaciones, y acreditar puedo que obra importante de Medicina mía (1) pedida por el Dr. Albarrán, para que la Gran Academia de Medicina de Francia me nombrara corresponsal, no salió de mi casa, y la carta autógrafa del eminente catedrático y urólogo quedó sin ser servida en su indicación, para mí tan honrosa. Hay vanidades y honores que no me vuelven loco, ni me inducen siquiera a escribir una carta.

Taranto dice en su carta: «La palabra es ahora de España».

Yo, a mi vez, digo, subrayando la invitación a hablar:

(1) «Las Oclusiones del Intestino»; obra en dos tomos voluminosos, con 114 ilustraciones.

TIENE LA PALABRA, AHORA, LA ACADEMIA DE LA LENGUA.

X

Prometí a usted escribir un Mensaje para la Academia. Lo tengo pensado más demostrativo y muy documentado y quizás algún día salga de mi pluma. Considere esto como el Mensaje y proceda en consecuencia, pues, al ver las cuartillas que aquí y para usted he escrito, creo que me ha sucedido algo de lo que al sonetista de Lope de Vega, cuando dice:

Un soneto me manda hacer Violante,
que en mi vida me he visto en tal aprieto.

.....
.....

que estoy en trece versos acabando:
contad si son catorce, y está hecho.

Para terminar, un ruego:

Lea usted con atención la tercera parte que sirve de complemento y adición a las que anteceden. No dudo que la encontrará interesante también.

Suyo, siempre afectuoso, admirador y haciendo votos por su salud y su ventura,

A. PULIDO.

TERCERA PARTE

Nuevas demostraciones.

Publicadas las dos partes anteriores del Mensaje ofrecido a la Academia de la Lengua, en los números de *La Ilustración Española y Americana*, correspondientes a los días 15 de Enero y 28 de Febrero del corriente año de 1921, recibimos después los cuatro documentos que siguen, que realzan más aún la importancia del tema enaquéllas desarrollado.

*
* *

La Real Academia de la Historia; que siempre acreditó conceder gran importancia a cuanto se refiere al pueblo sefardí en sus relaciones con la antigua madre patria, Iberia, *Sefard*, ha acreditado en su Memoria de Secretaría del año actual, debida a la pluma del muy culto, laborioso y eminente publicista D. Juan Pérez Guzmán (modelo de buenos secretarios), el cuidado con que sigue este problema, recogiendo la labor que para ello realiza el distinguido académico corresponsal D. Ignacio Bauer. La lectura de este fragmento de la Memoria dicha, servirá al señor Maura y a los ilustres miembros de la Corporación que preside, para que conozcan mejor aún la atención

que les incumbe conceder a la causa nacional que lacónicamente hemos expuesto en las páginas anteriores.

Habiéndose intensificado y generalizado, ahora, la propaganda a favor del idioma español, castellano, nos importa recordar la campaña que, desde hace cerca de medio siglo, venimos manteniendo, con perseverancia ejemplar, porque se atienda al del pueblo judío español.

Comenzó el año 1883, cuando hicimos nuestro primer viaje por el Danubio en el mes de Septiembre, y publicamos cartas en *El Liberal*, que fueron coleccionadas en mi libro «Plumazos de un viajero».

El 13 de Noviembre de 1903, después de haber realizado un segundo viaje por el Oriente de Europa, habiendo visitado Servia, Rumania, Turquía Europa y Asiática, pronunciamos en el Senado nuestro primer discurso acerca de la necesidad apremiante de atender a la conservación del idioma español entre los hebreos de raza sefardi, al cual contestó el ministro de Estado Sr. Conde de San Bernardo.

Con este motivo publicamos en *La Ilustración Española y Americana* seis artículos, base de mi libro «Los israelitas españoles y el idioma castellano» (1).

Después, siendo ministro de Estado el Sr. Rodríguez

(1) Seis son los libros que llevamos ya dedicados a este apostolado, con lo cual acreditamos la importancia que le da nuestro culto a la Humanidad y a la Patria.

Estos libros son, sucesivamente: *Los israelitas españoles y el idioma castellano*, *Españoles sin patria*, *Estado actual del sefardismo en España* (discurso pronunciado en la noche del 8 de Noviembre de 1919 en París, y traducido al francés), *El pueblo sefardi, primera base mundial de España* (su origen fueron mis conferencias del Ateneo, año 1920), *Reconciliación hispano hebrea* (su base una conferencia con el Monarca D. Alfonso XIII, en Marzo de 1920) y este *Mensaje a la Academia de la Lengua*, por intermedio de su presidente Sr Maura. Preveo que aún daré a luz otros, si vivo, porque mi convicción de que convienen a la patria y a su lengua, es ardiente y perdurable. Y los motivos para realizarlo abundan.

San Pedro, interesé aún de él, sin efecto alguno, que se atendiera a esta necesidad y envié a la Sociedad «Esperanza», de Viena, varios paquetes voluminosos de libros españoles escogidos, en su mayoría donados por sus autores, con el propósito de que pudieran las juventudes israelitas universitarias mejorar, a la vista de buenos modelos, su idioma nativo, llamado «ladino», o «jargon».

Como resultado de una extensa información que hice, durante seis meses, en los pueblos donde supe existían colonias israelitas de rito español, publiqué mi segunda obra «Españoles sin patria» (659 páginas en 4.º, con 197 ilustraciones), la cual, en su mayor parte, se halla dedicada al tema. Esta obra fué muy bien informada por la Real Academia de la Lengua, habiendo sido ponente de un informe, muy brillante, el eminente publicista D. Jacinto Octavio Picón.

Informe semejante hubo en la Academia de la Historia, donde fué ponente, redactándolo precioso, digno de su áurea y eruditísima pluma, D. Juan Pérez Guzmán, hoy su secretario. Entonces fué cuando mis gestiones lograron que la Academia de la Lengua honrase con el título de corresponsales, a D. Enrique Bejarano, actualmente Gran Rabbi de Turquía, y D. Abraham Danón, que está reputado de ser el sabio políglota más afamado y erudito que tiene la raza sefardi; y reside en París. Otro corresponsal de esta raza tenía ya la Academia en Budapest, el R. P. Albino Körösi; y estos tres figuran todavía en su lista de corresponsales extranjeros, atestiguando una existencia que a Dios pedimos les conceda largos años. En varias ocasiones nuestros trabajos sobre conservación y reparación del idioma, merecieron grandes alabanzas del Dr. Max Nordan, lumbrera esplendente del pueblo hispano-hebreo.

En los diarios *El Liberal*, *España*, *La Ilustración Española*, *Israel* (de Buenos Aires) y otros periódicos y re-

vistas, he cuidado numerosas veces de repetir a España mi tesis, constante y ardientemente expuesta, de que haga lo posible por que no se pierda esa riqueza histórica de nuestra soberanía lingüística mundial; y siempre señalando el peligro que corre.

En Octubre de 1913 leí en el Congreso de Geografía Mercantil, celebrado en Barcelona, una Memoria sobre el siguiente tema: «Modos de reincorporar las colonias sefarditas del mundo a la vida intelectual, lingüística y económica de España, su patria histórica».

En la tercera de mis conferencias dadas en el Ateneo de Madrid, durante el mes de Marzo de 1920, insistí nuevamente sobre lo mismo, desarrollando la tesis cuanto permitía aquel acto.

Y en 13 de Abril de 1920, discutiendo el presupuesto del Senado, hice lo que aquí reseñado va después.

Nuevamente vuelvo ahora a demostrar mi celo perseverante por que España no desatienda esta supremacía moral de nuestro idioma y la crisis por que pasa, acentuada con motivo de la guerra; y lo publico con mayor solicitud y *ruido de trompetería literaria*, por haberme convencido, en Octubre y Noviembre del pasado año 1920, de que el peligro arrecia:

Una conferencia sobre el idioma nativo del pueblo sefardí, dada en el gran salón de *Le Petit Journal* por un distinguido publicista hispano-hebreo, Sam Levy, ante un auditorio sefardim, conferencia que yo hube de presidir en Octubre dicho, y en ella pronuncié tres discursos en defensa de la conservación y reparación del español; y otra conferencia particular que mantuve con el director de la Escuela Central de la Alianza en París, en dicha ocasión, aumentaron más mi alarma, ya muchas veces proclamada.

Acredita, por tanto, esta reseña cronológica de mis advertencias patrióticas, lo antiguo y tenaz que soy en tan

importantísima empresa, y por ello huelga manifestar cuánto agradezco la obra meritísima del distinguido señor Baüer y de los que, como él, vienen a secundar esta campaña con los esfuerzos de su autoridad, su cultura y sus publicaciones. Como asimismo atestigua el aplauso que rindo a esta Academia de la Historia, donde se realiza, con austera laboriosidad, obra fecunda, intensa y de un profundísimo mérito, bien acreditado.

Todo lo cual exponemos respetuosamente a la Academia de la Lengua para su conocimiento y efectos consiguientes.

*
* * *

El segundo documento que deseamos registrar aquí es otra carta recibida, hace poco, de D. Armando Guerrón, expresando consideraciones interesantes, tras la lectura del número de *La Ilustración Española* del 15 de Enero, donde presento a la Academia de la Lengua el epistolario que recibí con motivo de su conferencia. Y haciendo lo que siempre, cuando doy a luz este género de comunicaciones epistolares de la raza hispano hebrea, llamo la atención sobre lo que considero muy esencial en ellas, a saber: su estilo, las emociones que pintan y el alma ferviente española, que con grande elocuencia denuncian.

Y cierro ya mi exposición con el verso del historiador Henault, presidente del Parlamento de París, que sirve de prólogo y epígrafe a muchas de sus obras: *Indocti discant et ament meminisse periti*. Que quiere decir: «para que lo sepan los ignorantes y gusten recordarlo los que lo sepan»; con el fin de ver si se cumple, en este asunto trascendental, la famosa sentencia latina: *Gutta cavat lapidem*.

Y dice así la Memoria de la R. A. de la Historia para

1921, en las páginas 24, 25 y 26, resumiendo, en elocuentes párrafos, el espíritu y la finalidad de mi apostolado hispano sefardí, aunque mi nombre aparezca olvidado en ellos:

El sefardismo en la Academia de la Historia.

«Sin que realmente sea debido a la iniciativa de la Academia el creciente impulso que, de algún tiempo acá, llevan la nueva vida y las nuevas aspiraciones con que se levanta en todas las regiones civilizadas del planeta, con intento de unidad bajo el amparo de la lengua tradicional y los recuerdos inolvidables de la historia, la raza judía del brazo o rama *sefardí*, es decir, española, basta el papel activo que en su propaganda y disciplina desempeña uno de nuestros más ilustres Correspondientes, el Ilmo. Sr. D. Ignacio Bauer y Landauer, y el título de académico nuestro que con orgullo hace valer en toda su actuación, así como miembro del *Consejo central de la Federación de Marruecos*, residente en Madrid, y de la *Casa Universal de los sefardíes*, de esta misma capital, como recientemente en la *Asamblea de la Unión de las Asociaciones Internacionales*, congregada en Bruselas, constituyendo un Cuerpo consultivo permanente de la *Liga de las Naciones*, y en las Asociaciones hispano sefardíes del Imperio del Mogreb, en cuya fecunda propaganda a la Academia comunica todos sus actos y discursos, para que la Academia se interese y en cierto modo considere como de estímulo propio esos intentos de unidad de la raza, que después de cuatro siglos y medio de expulsada, aspira a una gran resurrección de gloria, de poder, y de prestigio para nuestra patria, a que la Academia no se puede mostrar ni inconcisa ni indiferente.

»Como en sus discursos de Bélgica y de Holanda prime-

ro, y de las principales ciudades de Marruecos después, el Sr. Batiér ha expresado, y los hombres de todos los países han reconocido, este movimiento universal de los *sefardies* constituye una de las más poderosas fuerzas internacionales puestas al servicio de España, entre las infinitas históricas y tradicionales rivalidades con que se trata siempre de oscurecer nuestro nombre y deprimir nuestro influjo; pero los *sefardies*, que han producido en los países que les otorgaron su asilo hombres como Disraeli (lord Beaconsfield) en Inglaterra, Gambetta en Francia, Luzzati en Italia, todos *sefardies* y todos amantes de España, ni desconocen la gran superioridad que entre nosotros alcanzaron en los siglos XI y XII, su edad de oro en nuestra Península, como lo fué en Palestina el tiempo bíblico de sus Patriarcas y de sus Profetas, ni olvidan el glorioso recuerdo, que no se les borra de la memoria, de esta gloriosa y suspirada España, llevándolo con orgullo como españoles, por su cuna, por su habla y por su historia, y trabajan con solícita y perseverante instancia para ensanchar con sus esfuerzos nuestras fronteras espirituales, realizando una incesante y fructuosa labor de atracción sobre los muchos millones de israelitas *sefardies* esparcidos por el mundo entero, que nos aman con amor indeclinable de tradición y de herencia, que conservan nuestro idioma como símbolo de su unidad y que suspiran por reintegrarse espiritual y corporalmente al país donde yacen las cenizas de sus abuelos. Todo este movimiento, que constituye el resurgimiento moral de nuestro nombre y de nuestro prestigio en todos los ángulos del planeta, la Academia tiene el deber de recogerlo, unirlo y amasarlo con el que del mismo modo fermenta por todas partes en el mundo americano de nuestra sangre y que en Europa misma hace latir con gloria nuestro recuerdo histórico en las Conferencias de Hinojosa, en Gante, y del Marqués de Lema, en la Universidad de

Cambridge, y en las invitaciones de Amberes con motivo del Centenario de Plantino y de la Universidad Mecklenburgense de Rostock para entrar en la reanudación luminosa de la ciencia universal, tan cultivada y propagada por las aulas de Alemania después de los estragos de la guerra, que parecía haber cegado todas sus fecundas fuentes. Esto, señores académicos, repito, equivale a la resurrección moral de nuestra antigua potencia histórica y política, y a la Academia no puede dejar el serle grato que los mismos expulsos de otros tiempos, con cuya expulsión se han fraguado tantos argumentos de enemistad y de odio contra nosotros, y que, por el contrario, en todas partes viven sin patria, como en un destierro, cuando no en la infamante inferioridad de una verdadera esclavitud, sin personalidad y sin derechos, ansien ahora volver a aquellos días en que en la literatura, en el comercio, en todo género de intereses con su asistencia y cooperación tanto contribuyeron en los siglos medioevales a nuestro prestigio moral en el mundo; y que sigan suspirando porque con ellos se renueve la historia, como, cuando juntos con nosotros, se arrolló la media luna, que se enseñoreaba en la mayor parte de la Península, y actuaron con la misma eficacia que nosotros mismos en la formación del Cuerpo jurídico de «donde brotaron nuestras instituciones seculares» (1).

(1) Así juzga el general Jordana a los *sefardíes* de Marruecos en su interesante prólogo al libro de nuestro Correspondiente D. Manuel L. Ortega, *Los hebreos en Marruecos*: «El elemento israelita de Marruecos, profundo conocedor del país, árbitro y acaparador del comercio, merece que la atención de nuestra Patria se fije en él, pensando que si inspiramos nuestra conducta en altos ideales y nos despojamos de prejuicios, que todo lo empequeñecen, habremos dado un gran avance en el legítimo predominio de España en el Mogreb. El hebreo es honrado, laborioso, económico y prudente. Constituye la colonia extranjera más numerosa y antigua. Según algunos autores ascienden a 200,000 los judíos que habitan en los Mel-lah del Imperio. Y este pueblo, unido a España por el lazo del abolengo y de la tradición; este pueblo que profesa a nuestra Patria un amor romántico, sólo espera que nosotros vayamos a él, para

Otras tres cartas importantes.

Si nos propusiéramos mostrar a la Academia, con nuevas, muy sentidas y altas demostraciones, la riqueza y la intensidad de las emociones y afectos que en las cartas de monseñor Meir-Behmorias, Hudé Taranto y Armadon Gueron se manifiestan, con suma elocuencia, siempre podríamos publicar centenares que de todo el mundo recibimos y conservamos, muchas de distinguidas señoras y señoritas hebreas, quienes escriben con tanta cultura, energía de expresión, de afecto y de españolismo, que asombran y conmueven. Resistiéndonos a esta tentación, solamente publicaremos tres de las recientemente recibidas, por su muy estimable procedencia: una, de su eminencia don Enrique Bejarano, Gran Rabbí de Turquía, es decir, la dignidad religiosa más alta de la raza, corresponsal de la Academia de la Lengua; la otra, de D. Samuel A. de Levy, director de *Israel*, la revista más importante del pueblo hispano hebreo, impresa en perfecto español, y que se publica en Buenos Aires, donde existen ricas colonias sefardíes, y la ya dicha de Gueron.

Carta de S. E. Don Enrique Bejarano, Gran Rabbí de Turquía y Corresponsal de la Academia Española.

Constantinople, le 18 Febrero 1921.

Muy Excelentísimo Señor.

La semana pasada, S. Ex. Señor Defrance, alto Comisario de Francia, me hizo el honor de visitarme a la ocasión de su partencia por España, como Embajador.

que le administremos justicia, para que le restituyamos a su viejo solar como ciudadano de España. *Y debemos ir de prisa, antes que otros países se nos adelanten demasiado en esta labor nacional.*

Yo le hablé cariñosamente de la grande simpatía que Vd. me manifestó siempre y remetiéndole á S. Exc. el discurso que Vd. hizo en París, el año pasado en el Banquete que la Comunidad Sefardita ofreció en su honor, le supliqué de presentar á Vd. mis homenajes, lo que aceptó con mayor placer y gentileza.

Coincidencia dichosa! Al día siguiente recibí su muy deseada Carta que me conmovió hasta lágrimas. Vi, aun esta vez, el cariño y la amistad que Vd. me muestra y que ni el tiempo ni la distancia no los borran de su corazón angelico.

Prueba su precioso Discurso de París.

Querido Señor,

Ruego de creer que también yo, aunque me hállo lejos de S. S. estoy cerca de alma.

No le escribí hasta hoy por causa de mis enormes ocupaciones causadas por mi estado como jefe religioso. Vd. se lo figura bien cuanto dura y penible es esta profesión.

Dirigí mientras 10 años la Comunidad de Andrinopla y sus rededores que se componen de 27.000 almas de judíos.

Durante los últimos años, allá se pasaron eventos terribles, desastrosos á causa de las guerras balcánicas y mundiala. El fuego, la hambre y la muerte hacían sentir su vigor haciendo miles y miles de víctimas.

Yo era ahí para curar algo cuanto las llagas de mis queridas ovejas y borrar sus lágrimas, sostener el ánimo de aquellos infelices.

Entrando un poco en reposo (¡ay! y que reposó!) yo fuí llamado aquí á Constantinopla, en cualidad de *locum tenens* del Gran Rabinato en el hito de reglar el estado de esta Comunidad.

Si no es sin recielo que yo acepté ese mandado, que me impone la mayor responsabilidad, pero apastengo a

mi pueblo, me dije, yo vivo por él y debo ir en donde me llama, y así decidíme, vine y me mete á la obra. El trabajo pareceme bien duro, pero mi voluntad es sin bordes y Dios me atiende!

Tales son, muy querido Señor, los motivos por que no le correspondí hásta ahora. Espero que Vd. lo tendrá por dicho y me excusará.

Mi obra sobre los refranes ya es terminada desde mucho tiempo. Yo esperaba hacer un viaje en España y tratar sobre ello con la Academia ó con algún editor. (1) (Yo preferiaba el caso primero), pero las circunstancias me impidieron de hacerlo.

Vd. con su bondad me puede aconsejar sobre ese sujeto, si no le molesta.

Ruego, mi excelente Señor y amigo, presentar á su Señora mis respetuosos homenajes como también de parte de los míos.

S. S. Qu. B. S. L.

H. Bejarano.

Carta de D. Samuel de A. Levy, de B. A.

Buenos Aires, 22 de Abril de 1921.

Dr. Angel Pulido Fernández.

Madrid.

Distinguido y muy estimado Dr. Pulido.

Hemos leído con satisfacción intensa una y otra vez; yo, mi señora, que comparte con migo las tareas intelectuales, los miembros de esta Redacción y muchos amigos, su queridísima carta última.

(1) Invitamos a la Academia a recoger esta indicación que hace su corresponsal de Oriente, hoy la más alta dignidad religiosa en el mundo del pueblo judío. Creemos que debe ser ella quien publique ese estudio interesante de su corresponsal, *A. P.*

Todos valoramos en toda su superlativa importancia la labor que con tanta justicia, tenacidad, altruismo y sinceridad, V. realiza, para reparar errores e injusticias de otras épocas y de otros hombres.

Su obra gigantesca por múltiples motivos; que ha de immortalizar su venerado nombre, merece, de todos, conceptos igualmente superiores.

Mil gracias por su trabajo (1) para el número especial de *Israel*, y por la inmerecida mención que en él hace de esta hoja. Sus colaboraciones son ávidamente leídas por los lectores de *Israel*, aumentando, entre éstos, cada vez más la simpatía que V. ha inspirado en todo corazón judío.

A la espera de nuevas muy gratas suyas y de la obra que tan gentilmente me ha ofrecido, reitérole las expresiones de mi más viva simpatía.

Su afectísimo s. s. y amigo, *Samuel de A. Levy*.

Carta de Don Armando Gueron (2)

Lisbonne 24 Mai 1921.

Excmo. Sr. Dr.

Don Angel Pulido Fernandez

Madrid.

Muy Estimado y querido Amigo: Su tarjeta 20 del actual me alcanza aquí. La última que recibí en 18 de Abril me informaba de su viaje á París, por lo que no quise dirigírle ninguna á Madrid durante su ausencia.

.....

(1) Breves párrafos dedicados a celebrar el primer quinquenio de la fundación de la revista *Israel*.

(2) Recomendamos la lectura de esta carta, cuyo texto es interesante bajo el aspecto político. ¡Tememos que pase inadvertida!

Seré muy dichoso en recibir sus escritos y sus cartas. Espero su respuesta á las 3 cartas de Andrinópolis como lo anunciaba en su Mensaje á Maura.

¿Tiene Vd. noticias de Oriente?

Mi padre me escribió que había recibido una carta de Vd. y que la contestó.—¿No ha recibido nada de la Fraternité Scolaire?

Cuando recibí el Mensaje citado, hé dirigido una larga carta á mis condiscípulos de esa entidad, exaltando la importancia y el sentido muy alto de aquel Mensaje y les tracé la norma que debían de adoptar y de seguir con respecto á España.

¡Qué pena, estar forzado de ganarse la vida por aquí! Quisiera poder estar entre los míos, por lo menos un año, para imprimirles el impulso del que están necesitados en esos momentos de desorientación.

No que no crea yo con capacidades bastantes para hacer todo lo que se necesita allá lejos con relación á nuestra España. Más, tengo la fé, y ella me dá todas las inspiraciones, todas las fuerzas, toda la elocuencia que hacen falta para llevar por cauces adecuados la acción de los sefardíes de Andrinópolis y de Constantinopla para una aproximación intelectual, espiritual y práctica á la vez con España.

Nuestra juventud de por allá está llena de fuerzas y de ideales, la falta donde emplear unas y otros. Sionismo, asimilación, emigración, todo se hace sin orden ni concierto. Pero, dad á esas legiones que brotan de entusiasmo, un ideal concreto, un ideal inspirado en nuestra historia, que, retrospectivamente mirando al pasado, pueden adaptarlo para el porvenir, y ellos harán grandes cosas.

¿No lo hé visto yo con sólo una conferencia?, ¡qué de sentimientos latentes, entusiasmos y simpatías dormidas que hay que provocar y respetar!

Yo pensaba si no era muy adecuado y feliz, formar una

juventud en Madrid, del Ateneo, por ejemplo, y ponerla en correspondencia directa con las nuestras de Oriente! De sus comunicaciones mutuas podrían nacer aspiraciones, que con la pujanza de los años varoniles, podían con tiempo crear realizaciones y hechos positivos.

Que España no pierda de vista á esos miles de sefardíes que son por esencia españoles y ya que no se puede esperar nada, de momento, de las esferas gubernamentales, volvámonos hacia la juventud, esa pléiade de intelectuales de Madrid, para que, con una labor genuínamente espiritual, prepare la acción de futuros gobiernos españoles.

Mientras todos los gobiernos de Europa y Estados Unidos de América, en medio de dificultades y complicaciones políticas, procuran por todos los medios atraerse toda raza útil, ¿que hace España?

España que no tiene más que tender la mano para recoger flores de adhesión y de entusiasmo!

De. Mouzié escribía el otro día en París:

«La France doit tout entendre et se faire entendre partout. Le monde ne diffère pas d'évoluer quand les commissions parlementaires diffèrent de statuer. Présentement *les positions se prennent, LES SYMPHATIES SE FIXENT, les alliances s'élaborent.*

La France ne saurait se laisser oublier dans l'Islam, *se laisser boycotter par le Sionisme, se laisser exclure de la catholicité par prescription.*»

Y ya sabemos que De Mouzié no es de las izquierdas francesas. Pero, á falta de liberalismo y tolerancia, hay en Francia el sentido político adquirido y afiadado por contactos que de diplomáticos han transcendido á esferas de acción, que se dán cuenta de lo que mandan los nuevos tiempos.

Estamos en una gran vuelta de Historia Humana. Es-

paña tendrá, si no quiere quedarse en su torre de márfil, cercada por los Pirineos, el Mediterráneo y el Atlántico, que jugar su papel. En Oriente tiene todos los elementos creados. Hace falta atraerselos, para sí, y para *sí sola*. Yo no creo que España esté preparada para ese papel; pero sí está capacitada. Es preciso empezar. Y si es preciso empezar extra oficialmente, ú oficiosamente por una toma de contacto e intercambio de ideas, entre las juventudes, allá vamos y no perdamos tiempo, que los demás no *se chupan el dedo*.

¿Qué le parece mi idea?

Sí, ¿pero, quien va a mover esa juventud de por acá? La otra sé que responderá gustosa. Libros, revistas, periódicos, que se mande eso para preparar el camino á los que los escriben y á los otros.

Escribame aquí á este Hôtel y deseandole buena salud sabe cuanto le quiere su devoto

Guéron.

Un dato parlamentario. (1)

SENADO ESPAÑOL, SESIÓN DEL 13 DE ABRIL DE 1920

El Sr. *Secretario* (Santa Cruz): Es segunda lectura; la Comisión se servirá manifestar si la acepta o no.

El Sr. *Tormo* (de la Comisión): La Comisión expone al Senado que el Sr. Pulido no pide en su enmienda aumento de cantidad alguna, sino que pretende tan sólo añadir a los conceptos que trae el artículo, otro que entiende la Comisión que podría aceptarse, reduciendo su redacción en la siguiente forma: «Comprendiendo la conservación del idio-

(1) Adición del Sr. Pulido al capítulo 14, artículo 14 del Presupuesto de Estado, en favor de la lengua española en las escuelas israelitas.

ma castellano en las escuelas de las colonias hispano-hebreas».

El Sr. *Pulido*: Pido la palabra.

El Sr. *Vicepresidente* (Rolland): La tiene S. S.

El Sr. *Pulido*: Yo, señor presidente de la Comisión, no tengo ningún inconveniente en que se haga esa modificación que S. S. expone. Solamente me parece que va a resultar demasiado amplio el concepto, y después de todo, realmente, podríamos por el momento conformarnos con que en el Oriente de Europa, en donde se está haciendo un verdadero estrago por lo que se refiere al idioma español, y en la parte de Marruecos también, tuviera principalmente su aplicación. Claro está que esto queda confiado al ministro de Estado; y yo, con tal motivo, después de darle las más expresivas gracias, he de entender que con ello se realiza un doble beneficio, no solamente por aceptar la partida y con esa consignación hacer una buena obra de cultura, sino también porque voy a ahorrar a la Cámara un discurso que tenía el propósito de pronunciar y que hubiera resultado una verdadera conferencia, pues la materia es de gran importancia y yo lamento que sea tan desconocida en España. Pero de todas maneras, por la misma importancia que tiene el asunto me voy a permitir hacer una pequeña lectura a fin de que el señor ministro de Estado y la Comisión se den cumplida cuenta del daño que se está produciendo. (*Pausa.* (1)) Permítame el Sr. Tormo, y no tuerza la cabeza, porque ya me doy cuenta de la hora que es y no tengo más deseo que concluir pronto; pero me interesa mucho que consten siquiera estos pequeños fragmentos que voy a leer y que serán breves. ¿Es que entiende S. S., señor Tormo, que me hace un beneficio con aceptar la en-

(1) Motivó esta pausa mi extrañeza al ver que se me manifestó cierto desagrado porque seguía hablando.

mienda a cambio de no decir nada? Porque la materia es de tanta trascendencia que vale la pena de ocuparse en ella. Yo voy a leer nada más que unas líneas que se refieren principalmente a la obra que se está realizando en el extranjero, sobre todo en Oriente.

Dice así una muy autorizada información de la Alianza Israelita Universal Francesa, hablando de la obra de propaganda que hace para difundir el alma y el idioma de Francia en las naciones y ciudades de raza sefardí: (1)

«Los maestros han realizado verdaderos prodigios para desempeñar bien la misión de que estaban encargados. En Tiberiade, por ejemplo, el director M. Hochberg, viendo toda la población sublevada contra él por los rabinos, hubo de prometer a las familias que enseñaría solamente el hebreo. Efectivamente, se enseñó el hebreo; pero éste sirvió de vehículo a las otras materias del programa. Pedagogo experimentado y con una paciencia admirable, «el profesor se las ingenió de modo que despertó progresivamente el espíritu de los niños y provocó en ellos el deseo de aprender».

La lección de hebreo se convertía en un curso de ciencia, de historia, de moral. «Y después, un día a propósito de historia, les habló de Francia», de su acción en el mundo, de su lengua que es la cultivada como preferida en Europa, «la verdadera lengua de la civilización». Una lengua útil en Siria, donde se habla en todas las grandes villas del litoral. «Y anunció que si algún discípulo deseaba lecciones de francés, se las daría voluntariamente por la noche, gratuitamente, después de la clase. Hubo primero uno que se arriesgó; después dos, luego tres; después un grupo peque-

(1) Este texto está tomado de mi primer libro «Los israelitas españoles y el idioma castellano», año 1904, 246 páginas en 8.º. Mi interés era que constase en el Diario de Sesiones la intensa labor de atracción que realizó Francia entre los hebreos españoles de Oriente. A. P.

ño, envidiado pronto como grupo privilegiado. Finalmente, los padres mismos de los sefardim, los judíos españoles, vinieron a pedir al maestro lecciones de francés para sus hijos. El rigorismo talmúdico comenzaba a doblarse. Se dió un curso regular en la primera división, y, poco a poco, en algunos meses, se implantó el francés como lengua de enseñanza en todas las materias, salvo, bien entendido, para la instrucción religiosa, confiada a un rabino. Así se ha hecho en todas las escuelas de la Alianza. La batalla estaba tan bien ganada, que cuando se abrió la escuela de niñas, tres años más tarde, no se manifestó ninguna resistencia de parte de las familias, y desde el primer día directoras y maestras no emplearon más que el francés».

Y dice más adelante:

«... Tales puerilidades demuestran hasta qué minucias puede descender el fanatismo primitivo de estas comarcas. Y, a este propósito, debo advertir que «de los dos elementos que forman la masa judía: los askenacim, de origen alemán, polaco ó ruso, y los sefardim, venidos a Oriente después de su expulsión de España, son estos últimos los que prestan, casi ellos solos, en Palestina y en Siria todo el contingente escolar de la Alianza.»

Y más adelante:

«En este litoral del Asia, desde el mar de Mármara a los confines de la Palestina, la *Alliance israélite* cuenta veintiocho grupos escolares que representan un total de cerca de 6.000 niños. Si se quisiera hacer entrar en cuenta las fundaciones análogas de Marruecos, de la Argelia, de Túnez, de Trípoli, del Egipto, de la Turquía de Europa, de la Bulgaria y de la Persia, se alcanzaría la cifra, solamente para las escuelas primarias, de 112 establecimientos de instrucción que reúnen más de 30.000 alumnos, y tienen un gasto anual de cerca de 1.200.000 francos, cubiertos íntegramente por las cajas de la *Alliance*. «Esta vasta

empresa de educación, de la cual nuestra influencia moral saca un provecho considerable», no cuesta un céntimo a nuestro presupuesto nacional.»

Resulta, como habrán podido observar los señores senadores, que esos elementos que forman la masa judía van perdiendo el espíritu español, el idioma español, y van adquiriendo el espíritu y el idioma francés. Deseo que esto conste, y no me he de extender más, porque sentiría que se entendiera que la correspondencia mía a esta atención era ocuparme ahora en pronunciar un discurso, de lo cual estoy muy distante. Me basta apuntar, no más, la importancia transcendente de atender a evitar, por todos los medios posibles, que otros pueblos se apoderen del espíritu y cambien el idioma de la raza sefardí, nuestra hija.

Hecha la oportuna pregunta por el señor secretario (Santa Cruz), fué tomada en consideración la enmienda del Sr. Pulido en la forma propuesta por la Comisión, y que dice así: «Para servicios y subvenciones de Escuelas y Misiones científicas en el extranjero, comprendiendo la conservación del idioma castellano en las escuelas de las colonias hispano hebreas».

Sin más debate, quedó aprobado el artículo 14 que yo propuse con la enmienda.

PRINCIPALES PUBLICACIONES

DEL

DR. ANGEL PULIDO

DEL AÑO 1875 AL 1921

Viajes.

1. Apuntes sobre el estado actual de la Medicina en Portugal y España.—Año 1875.—131 págs. en 4.º
2. Una expedición a las Cuevas de Artá.—Año 1879.—64 páginas en 8.º
3. París.—Viaje médico.—Año 1880.—454 págs. en 8.º
4. De Carabanchel al Paraíso (en colaboración con el doctor Tolosa Latour).—Año 1882.—77 págs. en 4.º
5. Plumazos de un viajero.—Año 1893.—360 págs. en 8.º
6. El gran pueblo.—Año 1894.—320 págs. en 8.º
7. La Bella Asturias.—Año 1895.—30 págs. en 4.º
8. Desembocadura del Nalón.—Año 1900.—84 págs. en 4.º
9. Cartas escandinavas.—Año 1911.—226 págs. en 8.º
10. Impresiones y proposiciones de un turista por España (Colección de cartas publicadas en diferentes diarios locales).

Estudios médicos.

11. Un buen tratamiento del Hidrocele.—Año 1878.—24 páginas en 8.º
12. El Paludismo en Madrid.—Año 1879.—92 págs. en 8.º
13. De la ovariectomía en España.—Año 1880.—29 págs. en 4.º mayor.
14. Lactancia paterna.—Año 1880.—80 págs. en 4.º
15. Estrangulación interna.—Año 1881.—502 págs. en 8.º
16. Sobre el carbunco.—Año 1882.—54 págs. en 8.º

17. Locos delincuentes.—Año 1883.—80 págs. en 4.º
18. Evolución histórica de la Patología.—Año 1884.—44 páginas en 4.º mayor.
19. Inoculación anticolérica del Dr. Ferrán.—Año 1885.—94 páginas en 8.º
20. Un juicio médico.—Año 1888.—27 págs. en 8.º
21. Estudios médicos.—Año 1889.—222 págs. en 4.º
22. Oclusiones del intestino.—Años de 1889 y 1890.—Dos tomos en 4.º de 560 y 478 págs.
23. Discurso sobre la Cirugía radical en Ginecología.—Año 1894.—16 págs. en 4.º mayor.
24. El Congreso Dosimétrico de 1881.—Año 1881.—64 páginas en 8.º
25. La vacunación antitífica.—Año 1915.—40 págs. en 4.º
26. La vacunación antialfa y su experimentación en la ciudad de Alcira.—Folleto.—Año 1920.
27. *¡Vae Inventoribus magnis!* Un grandioso descubrimiento de la Medicina española. El cólera en los ejércitos de Europa.—Tomo en 4.º de 600 págs.—Año 1921.
28. Comunicaciones médicas extensas dirigidas al *Office International d'Hygiène publique*, desde 1911 al 21.
29. Escritos médicos del Dr. Ariza. Colección de los trabajos de este doctor eminente, con prólogo.—3 tomos en 4.º mayor.—Año 1888.
30. La bacteriología (Discurso-contestación al de ingreso del Dr. Cortezo en la Real Academia de Medicina).—Año 1891.
31. La vejez (Discurso-contestación al de ingreso del Dr. Gimeno en la Real Academia de Medicina).—Año 1910.
32. La peste en España (Discurso-contestación al de ingreso en la Real Academia de Medicina del Dr. Mariscal).—Año 1914.

De Higiene y Sanidad pública.

33. Salubridad pública (discurso).—Año 1888.—30 págs. en 4.º
34. Estudios de Manicomios.—Año 1889.—50 págs. en 4.º
35. Oftalmía granulosa de los Asilos.—Año 1889.—27 págs. en 4.º mayor.
36. Las Calcinaciones de Huelva.—Año 1890.—160 págs. en 4.º mayor.
37. Más sobre las Calcinaciones de Huelva.—Año 1890.—164 páginas en 4.º
38. La Medicina Árabe.—Año 1892.—34 págs. en 4.º

39. Memoria Sanitaria sobre la peste de Oporto.—Año 1900.
—40 págs. en 4.º
40. Inspección sobre las Asociaciones benéficas.—Año 1902.
41. Sanidad pública en España y Ministerio social de las clases
médicas.—Año 1902.—104 págs. en 4.º
42. Saneamiento de poblaciones españolas (Sevilla).—Año
1902.—390 págs. en 4.º
43. Sobre la mezcla de pimentón y aceite (Grave problema
agrario).—Año 1902.—636 págs. en 4.º
44. Mi gestión sanitaria como director general de Sanidad.—
Año 1903.—124 págs. en 4.º
45. Capacidad sanitaria de España.—Año 1907.—40 págs.
en 4.º
46. El problema de las Hurdes.—Año 1908.—16 págs. en 4.º
47. La Sanidad Militar.—Año 1909. 60 págs. en 4.º
48. Homenaje a la Sanidad Militar (Velada celebrada en el
Ateneo).—Año 1908.
49. La Semana Médica de Santander.—Opúsculo en 8.º de
42 págs.—Año 1920.
50. La Conferencia Sanitaria de París de 1911-12.—200 págs.
en 8.º —Año 1914.
51. El Progreso Sanitario.—Año 1912.—47 págs.
52. Una violación grave de la Sanidad pública (Discurso pro-
nunciado en el Senado).—Año 1920.
53. La Exposición de Higiene Internacional de Dresde (Me-
moria de Comisario Regio).—Año 1911.

Intereses nacionales.

54. Grandes Problemas.—Año 1892.—290 págs. en 8.º
55. Los israelitas españoles.—Año 1904.—246 págs. en 8.º
56. Españoles sin Patria.—Año 1905.—660 págs. en 4.º mayor.
57. El sefardismo en España (Discurso pronunciado en París.
—Folleto de 111 págs.—Año 1919.
58. El pueblo hispano-hebreo, primera base mundial de Espa-
ña.—Tomo de 300 págs.—Año 1920.
59. La Reconciliación hispano hebrea, 144 págs. en 4.º.—Año
1920.
60. Esplendor, desarrollo y soberanía mundial de la lengua
española. —Folleto de 90 págs.—Año 1921.
61. El cáncer comunista (Degeneración, vicio sindicalista). —
Tomo de 500 págs.—Año 1921.
62. La fusión de los pueblos latinos (Discurso en francés pro-
nunciado en París).—Año 1911.

Intereses médico-sociales.

63. Relación de las clases médicas con las Asociaciones Cooperativas e industriales.
64. El delito sanitario (Conferencia en la Real Academia de Jurisprudencia).—Año 1903.
65. El problema de las Hurdes.—16 págs. en 4.º - Año 1908.
66. Los Progresos de la Odontología en España (Discurso inaugural del Congreso de Odontología celebrado en Bilbao).—Año 1916.—40 págs.
67. La despoblación de España (Discurso).—61 págs. en 8.º — Año 1891.

Trabajos parlamentarios.

68. La pena capital en España.—Año 1897.—216 págs. en 8.º
69. Bases para una ley de Sanidad (Discursos parlamentarios).—Año 1899.—34 págs. en 8.º
70. Discursos parlamentarios sobre la mezcla de pimentón y aceite.—Año 1902.—265 págs. en 4.º menor.
71. Los catedráticos y sus cargos de elección popular (Discurso).—Año 1909.—12 págs. en folio.
72. El servicio militar obligatorio.—Año 1911.—206 págs. en 8.º
73. El presupuesto de la Sanidad.—Año 1920.

Biografías.

74. El Dr. Velasco.—Año 1894.—122 págs. en 4.º
75. El Dr. Letamendi.—Año 1898.—112 págs. en 4.º
76. El Dr. E. Gutiérrez.—Año 1904.—12 págs. en 4.º
77. El Dr. Gimeno y su estudio sobre la vejez (Discurso).—Año 1910.—36 págs. en 4.º
78. El Dr. Lister (Conferencia).—Año 1912.—66 págs. en 4.º
79. El Dr. Alonso Sañudo (Panegírico).—Año 1915.—100 páginas en 4.º
80. Colección de necrologías, siluetas y discursos sobre monumentos médicos. Su número excede de 100.
81. El Dr. Tolosa Latour (Necrología).

Propagandas científicas.

82. Evolución de las Ciencias.—Año 1875.—54 págs. en 4.º
83. Bosquejos médico sociales para la mujer.—Año 1876.—374 págs. en 8.º

84. La Medicina y los médicos.—Año 1882.—618 págs. en 8.º
85. Conflictos entre la frenopatía y el Código penal.—Año 1884.—40 págs. en 4.º
86. Educación física de la mujer.—Año 1892.—28 págs. en 4.º menor.
87. El corro de niñas.—Año 1893.—47 págs. en 4.º
88. Relaciones de la pintura y la medicina.—Año 1894.—46 páginas en 4.º
89. Miniaturas científicas.—Año 1894.—316 págs. en 8.º
90. La emoción oratoria.—Año 1896.—395 págs. en 4.º
91. Patria (por Castelar).—Año 1904.—336 págs. en 8.º
92. La protección al ciego.—Año 1909.—11 págs. en 4.º
93. La Medicina y la Pintura (Conferencia).—57 págs. en 8.º

Instituciones médicas.

94. Hospitales Provinciales de Madrid.—Año 1889.—36 páginas en 4.º
95. Memoria sobre Manicomios.—Año 1889.—49 págs. en 4.º
96. Las pensiones de la Diputación provincial.—Año 1891.—22 págs. en 4.º
97. El Instituto de terapéutica operatoria.—Año 1897.—23 páginas en 4.º
98. Programa económico y profesional del Colegio de Médicos.—Año 1907.—39 págs. en 4.º
99. Intereses profesionales de las clases médicas.—Año 1910.—45 págs. en 4.º
100. Ética de los partidos políticos en España. (En preparación).
101. Relaciones entre la Prensa médica y los Poderes del Estado.—Año 1903.—8 págs. en 4.º

Cartas circunstanciales.

102. Mi colaboración al Instituto Rubio.—130 págs. en 8.º.—Año 1915.

TRADUCCIONES

103. Barnes. Enfermedades de las mujeres. (Obra muy anotada).—Año 1879.
104. Erichsen. Tratado de Cirugía.—Obra en 4 tomos.—Año 1886.

EN PRENSA

105. Un precursor médico en España. (Vacunación antituberculosa en Mallorca.)
106. La nueva doctrina antituberculosa del Dr. Ferrán.

Otras pequeñas disertaciones y cortos trabajos más ha publicado el autor, que aquí no se citan. Además de una colección de cerca de dos mil artículos que han visto la luz en Diarios y Revistas, especialmente *El Liberal* y *El Siglo Médico*.



1066196

